EUGENIO MONTEJO

ALFABETO DEL MUNDO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1988

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-3022-X

Impreso en México

La presente antología poética de Eugenio Montejo toma en cuenta la selección de sus poemas que, bajo este mismo título, publicó en Barcelona, España, la editorial Laia en febrero de 1987. Se ha añadido, además, un grupo de poemas no incluidos en la anterior, entre ellos algunos inéditos correspondientes al último libro, el mismo que aparece aquí completo y le da título a todo el volumen. Se trata, por tanto, de una nueva edición a la vez ampliada y corregida.

EUGENIO MONTEJO Y EL ALFABETO DEL MUNDO

En una entrevista concedida a *La Prensa* de Buenos Aires en 1979, Eugenio Montejo responde a unas preguntas sobre el destino de la poesía, sobre movimientos poéticos en Venezuela y Latinoamérica y sobre algunas corrientes de nuestro siglo, como surrealismo, intelectualismo y poesía social. La poesía —dice Montejo— asume hoy, en nuestra era industrial, su condición subterránea, y, evocando a Wallace Stevens, añade que en su replegamiento actual encarna la esencia que toma el lugar de la creencia abandonada de Dios como redención de la vida (cabe preguntarse sin embargo si en la poesía de Montejo esta creencia ha sido real y totalmente abandonada). Reivindica para la poesía latinoamericana la abolición de las fronteras políticas: pertenecemos más a nuestra época que a nuestro país, pues hay familias poéticas, identidades verbales que no siempre coinciden con las demarcaciones geográficas. Pero puesto a señalar una característica de lo que hoy se escribe en Venezuela, Montejo reconoce que la búsqueda de un lirismo capaz de expresar las diversidades del paisaje y sus determinaciones en nuestra psicología constituye una preocupación acentuada de las últimas generaciones. Subraya el carácter epigonal del surrealismo de escuela en Hispanoamérica, juzga que la poesía llamada social es una superstición azarosa del constructivismo, con el agravante de suponer que el poema no sólo se hace, sino que se hace de acuerdo con ciertas codificaciones que se nos imparten; en definitiva, considera superada esta discusión que fue un episodio de los años cincuenta. En cuanto al intelectualismo, éste sí —afirma el poeta— define el clima de nuestra década (no olvidemos sin embargo que Montejo habla a fines de la década de los setenta) y su aparición señala el nacimiento de un nuevo tabú: el de la emoción. Andamos en un extremo del péndulo, acercándonos al poema *in vitro*. En el arte no

es posible lograr naturalidad sin emoción. El poema —explica Eugenio— puede contener un trasfondo filosófico, pero en vez de exhibirlo tendrá que superarlo mediante el don verbal, tendrá que revestirlo con su fascinación. Lo importante será pasar, como supieron hacerlo Shakespeare, Novalis, Quevedo y Yeats, de la orilla de la palabra a la orilla de la memoria, lo que no es tan fácil como se suele suponer. Finalmente Montejo observa que los avatares de la industria editorial no conciernen tan profundamente a la poesía, y recordando que ésta existió mucho antes que dicha industria, supone que la extinción del género sólo será posible con la extinción del género humano.

Si en el vestíbulo de este estudio hemos citado con cierta extensión estas reflexiones de Montejo sobre la poesía, es por dos razones. La primera, porque si unos apuntes críticos como se proponen ser éstos pueden ser entendidos convencionalmente como una "introducción" a la obra del poeta, para el crítico mismo la mejor introducción, el mejor hilo conductor para aproximarse a la obra que se propone considerar es lo que dice el propio poeta sobre la poesía, la parte de su poética que no está directamente integrada como verso en sus versos y que es reflexión sobre la condición, la historia y el destino de la poesía; por lo demás, la intuición general de la poética que se expresa aquí conceptualmente, se revela también en las intuiciones singulares de la obra poética del autor. La segunda razón es que Eugenio Montejo, aparte de ser un gran poeta, ha elaborado también una obra crítica importante,[1] y su trayectoria presenta pues dos fases: una de práctica del canto, la otra de reflexión sobre la práctica, reflexión, a nuestro juicio, tanto más eficaz cuanto más desconfía de sí misma como ganzúa para abrir las puertas de la poesía y "aclarar" la profunda claridad del poema:

[1] Además de los poemarios reunidos en esta antología, Montejo ha publicado dos libros de ensayos literarios: *La ventana oblicua*, Caracas, 1974, y *El taller blanco*, Caracas, 1983, así como una colección de reflexiones sobre la lengua que revelan la agonía del poeta entre las posibilidades y los límites de las palabras: *El cuaderno de Blas Coll*, Caracas, 1981.

...al cabo de toda tentativa por aclararnos el hallazgo original de la obra, de su repercusión que concierne a sus custodios tácitos, cada uno segrega, como la araña, su parte de luz y de niebla, queriendo elevarla tal vez a más aire, según la oblicuidad de su ventana, el límite de su devoción y su frágil mirada en la tierra.

Valgan estas palabras de Montejo [2] para recalcar lo limitado y lo relativo de las notas que siguen y que se proponen ser nada más que un esfuerzo de acercamiento, no una exégesis.

Un esfuerzo de acercamiento es una expresión que podría parecer, en nuestro caso personal, contradictoria. En efecto, desde su primer libro, *Élegos*, nos acercamos a la poesía de Eugenio naturalmente, sin ningún esfuerzo particular. Nos acercamos por el único motivo por el cual uno se acerca espontáneamente a un poeta: por simpatía con esa poesía, porque nos *atrajo*. El esfuerzo, ahora que nos ponemos a escribir nuestras lecturas para comunicarlas a otros lectores del poeta, consiste en que se nos veda este ir espontánea y directamente adonde nos llama el poema; hay que deshacer el camino de las primeras lecturas, poner entre paréntesis su impacto directo y volver a iniciar el acercamiento, pero por otro camino o sea con otro método: alejándonos deliberadamente del poema, verificando así su fuerza de atracción, que permanece intacta, y volver a encaminarnos hacia él deteniéndonos a cada paso para interrogarnos sobre esa atracción y sobre los factores, las variables y las constantes (las que conciernen a la visión del mundo, a la expresión de la emoción, al tratamiento de la lengua, al ritmo y a la melodía, al significado de los símbolos, etc.) y para interrogar al poema mismo sobre los elementos esenciales que acarrea y que determinan esta fuerza de atracción; esfuerzo, pues, no para llegar al goce del texto, sino al contrario y paradójicamente, para prohibirnos o por lo menos retardar el contacto directo y global con el poema, el cual no se da sino al lector que en posición no crítica obedece a aquello que lo atrae, sin detenerse en las trabas de las interrogaciones: que se deja flexionar por el poema sin reflexionar sobre él. Pero suponemos

[2] En *La ventana oblicua*, p. 6.

—hay absolutamente que suponerlo— que en un segundo momento la reflexión y la interrogación pueden permitir en algún caso, a nosotros mismos y al lector no crítico, una comprensión más cabal del texto y de la red de relaciones que lo componen y lo vinculan orgánicamente a otros textos; pueden hacernos andar con paso más seguro por los caminos que recorre secretamente cada poema, que unen poema con poema y con la poesía toda, y reconocernos mejor en ellos. Ojalá.

Toda poesía es forma, pero forma sobrecargada de sentido. Es imposible disociar los dos, y la forma misma, ritmo, armonía, melodía, modalidades sintácticas, combinaciones de los elementos léxicos, tiene un significado en sí, incluso haciendo abstracción de los referentes. Puede darse que el estrato de los significantes sea el dominante, y que el poema signifique solamente por su sonido, su belleza y su esplendor formal, lo que parece ser el caso en un gran poeta como Góngora; puede darse lo contrario: los significados, el "mensaje" o "contenido" o como quiera llamársele parece comerse la forma, y entonces el poema se hace prosa declarativa disfrazada de verso. Una simple lectura de la obra de Montejo permite advertir de entrada y ya desde su primer libro, *Élegos*, un delicado y firme equilibrio entre la forma o el sonido y lo que dicen o declaran los versos; a tal punto —y ésta es una ambigüedad que dificulta mucho la disociación intelectual de los componentes de la poesía— que es difícil decidir si la forma verbal y la musicalidad de los versos son determinadas por el tema específico del poema, o bien si el objeto es suscitado y como despertado por la preexistencia de un ritmo [3] o de una melodía, los cuales se imponen de manera tan imperativa que seleccionan y condensan ellos mismos los conceptos y referentes a través de los cuales pueden mejor erigirse en forma con sentido, en forma del sentido. Digamos

[3] Ésta parece ser más bien la concepción del propio Montejo, a juzgar por una reflexión de *El cuaderno de Blas Coll*: "Decía que mejor llegaría a expresarse el que se guiara por el lenguaje de los pájaros, y fuese del sonido a la idea, y no de la idea al sonido siguiendo los recovecos tramposos de la lógica." La expresión del poeta *dictada* por el canto de los pájaros es, como veremos, una intuición fundamental de esta poesía.

en todo caso que en la poesía de Montejo la visión del mundo y las formas en que se plasma aparecen emergiendo la una con la otra en una correspondencia nunca desmentida. Quizás porque no hay en ella ninguna forma preestablecida que se aplique a temas u objetos exteriormente codificados a manera de repertorio. Recordemos en este sentido las declaraciones ya citadas sobre el surrealismo, la poesía social y la poesía intelectualista o filosófica: indican todas un rechazo del tema impuesto o propuesto que corresponde en general con una escritura igualmente impuesta, escritura vacía que el versificador llena a voluntad con un tema del repertorio. En la poesía de Eugenio ese hiato entre lo que se dice y el cómo se dice no parece existir: el poema construye su forma *en* sus significados a medida que se va haciendo, y si de pronto el poeta tropieza con una intuición tan resistente a la expresión por las palabras que no pueda ser anotada, acude entonces inmediatamente en el poema a la declaración de esta imposibilidad; así, por ejemplo, en "Los árboles", del libro *Algunas palabras*, el poeta apunta simplemente que "Es difícil llenar un breve libro / con pensamientos de árboles" y "al escuchar el grito / de un tordo negro" comprende "que en su voz hablaba un árbol". "Pero —dicen los últimos versos del poema— no sé qué hacer con ese grito, / . . . cómo anotarlo." Los límites de la expresión poética, de la expresión por la palabra, constituyen una cuestión importante en la historia de la poesía; ya volveremos sobre ella al final de estos apuntes. Observemos sólo por el momento que al plasmar sus intuiciones en poemas, Montejo dice lo que puede, no lo que quiere; que es consciente de ello, y que al declararlo en unos escuetos vocablos despojados de ornamentación, salva el poema del naufragio.

El primer aspecto de esta correspondencia entre formas y significados, que desde el primer libro salta a la vista, es una estricta economía de recursos retóricos en coincidencia con una parquedad igualmente severa en la elección de los temas de la intuición poética. Seguramente Montejo suscribiría sin reparos la enunciación del "Arte poética" de Borges: "tal es la poesía / que es inmortal y pobre". Los temas, vistos en su generalidad, son los tradicionales e ineludibles

del sentimiento y la reflexión humanos: la vida, la muerte, la memoria, el deseo, el viaje, el sueño, el tiempo, la eternidad... Pero todos ellos están atravesados de parte a parte por el tema vertebral del canto, música y escritura, la función y la misión de Orfeo. Ya *Élegos* alude desde su título al canto como elegía. Esta reflexión de la poesía sobre sí misma, la poesía que al cantar habla del canto, o canta al canto, es recurrente en la tradición y se acentúa en la poesía moderna desde Hölderlin y Novalis. Incrustados en la temática, encontramos algunos núcleos de significado, objetos privilegiados de la intuición, y que pueden presentarse en los poemas como verdaderas constantes: el caballo, el hogar, el árbol, el pájaro, la casa, el trópico, el río, la ciudad, son algunos de ellos, a los que habría que añadir uno que se da como un trasfondo y por ello resulta más sutil y más específico en la poesía de Montejo: el café, la humeante paila de café que acompaña, en fuerte recurrencia, a la memoria. Todos tienen en común el ser objetos de una experiencia directa de la vida en esta tierra y el estar marcados por una fuerte impronta emocional; la sobrecarga de significación que de este modo adquieren los proyecta a menudo en el plano del mito. ¿Símbolos? Llamémoslos más prudentemente *figuras*, pues estos objetos no siempre ejercen en el poema una función simbólica, aunque todo núcleo de significado, pero en particular las figuras recurrentes, es susceptible de funcionar como símbolo en una obra poética; ello depende de su situación particular en los diversos puntos de la arquitectura de la obra y de las relaciones que establezca con el complejo de los significados subyacentes. El poeta a veces considera estas figuras en su simple estar ahí, visiones aisladas, objetos del recuerdo, del deseo o del ensueño poético, mientras que otras veces las inserta en una red de relaciones significativas con lo invisible al que la figura sensible refiere como arquetipo: así los "árboles quietos" del poema "Dos llamas" en *Muerte y memoria* son un recuerdo en un contexto dominado por la ausencia; las acacias de *Élegos* aparecen como una visión y se agotan en su "mínimo esplendor tan denso", objeto de la contemplación del poeta; en cambio el árbol del poema "La torre del árbol" en el libro *Trópico absoluto* o el

samán monologante que cierra el poemario *Terredad* están ciertamente *ahí* como todos los seres y las cosas en la poesía de Montejo, y sin embargo van, si podemos decir, *más allá*, arraigan profundamente en el substrato invisible de lo visible, en el origen mismo de los sentimientos de fuerza, de energía, de sabiduría profunda e inocente, de resistencia y acatamiento al tiempo y a la muerte, de todo aquello que el poeta hace subyacer en su concepto de *terredad*.

Este concepto que es central en la obra de Montejo, como lo han recalcado ya dos de sus mejores críticos, Francisco Rivera y Guillermo Sucre, no aparece en la obra hasta 1978, es decir once años después de la publicación de *Élegos*. Pero implícita, subterráneamente la "terredad" se está abriendo paso hacia su propio nombre en los poemas de *Élegos*, *Muerte y memoria* y *Algunas palabras*. La temática de *Élegos* se centra con insistencia en la casa y el hogar, como sucede en el Vallejo de la última sección de *Los heraldos negros* y de un buen puñado de poemas de *Trilce*. Se centra, digamos con más propiedad, en la *memoria* del hogar y de los muertos que en él vivieron, igual que en Vallejo. "¿De quién es esta casa que está caída?", interroga el poeta. ¿De quién es, "de quién eran sus alas atormentadas"? El *es* y el *eran* así yuxtapuestos abren toda la perspectiva de la incesante confrontación de la presencia y la ausencia, del presente y el pasado, de la vida y la muerte que recorre la poesía de Montejo. No hay respuesta en el poema a este "de quién es": se puede entender que es de las sombras y de la memoria. En el poema lo único que hay es lo que queda en o de la casa: hay una puerta con ojos de caballo y cuya aldaba es una brida muerta, el polvo donde se palpa la usura del vacío y un jinete que al desmontar de su caballo erró en un espacio geométrico hasta hacerse fantasma. Este poema es gemelo del que le sigue en la antología (pero que en el libro es el poema inicial), "En los bosques de mi antigua casa":

> En los bosques de mi antigua casa
> oigo el *jazz* de los muertos.
> Arde en las pailas ese momento de café
> donde todo se muda. Oréanse ropas
> en las cuerdas de los góticos árboles.

Cae luz entre las piedras y se dobla
la sombra de mi vida en un reposo táctil.
Atisbo en la mudez del establo
la brida que lleve por la senda infalible.
Palpo la montura de ser y prosigo.
Cuando recorra todo llamaré ya sin nadie.
Los muertos andan bajo tierra a caballo.

"En los bosques de mi antigua casa" da la respuesta a la pregunta planteada en el poema anterior. ¿De quién es esta casa que está caída?: esta casa es mía, es decir de mi memoria (quizás por eso el poeta ha reunido en la antología los dos poemas que aparecían separados en la edición de 1967). Memoria cuyo objeto principal son los muertos que acuden al poema traídos por una música y por ese "momento de café" que arde en las pailas. Curiosamente el poeta ve a sus muertos andando "bajo tierra a caballo" y no es ocioso recalcar que la expresión se repite igual en el poema "Cementerio de Vaugirard" de *Muerte y memoria* (1972): "muertos bajo tierra a caballo" y, de nuevo, en "el tintinear de sus pailas / a la sagrada hora del café" (confróntese también en *Muerte y memoria* el poema "Otra lluvia": "Quienes a nuestra vuelta hacían café / y nos secaban, tienen a esta hora / la lluvia vertical entre los ojos"). La memoria es en estos poemas el factor reductor y el común denominador de todas las figuras que empiezan a revelar su carácter obsesivo: la memoria lo refiere todo a una experiencia singular e intransferible, la memoria fusiona los planos del tiempo, pasado y presente, de la existencia, vida y muerte, pero también del espacio físico: un rincón de Venezuela con un entorno de bosques tropicales y ese rincón de París que es el cementerio Vaugirard con sus castaños cubiertos de nieve. "Los muertos que conmigo se fueron a París / vivían en el cementerio Vaugirard": observamos el desconcertante imperfecto *vivían* que hace coincidir concretamente el "bajo tierra" de París y el "bajo tierra" de Venezuela. ¿Se fueron quizás los muertos del poeta con el poeta a París, "a caballo" y "bajo tierra", en el caballo subterráneo de la memoria?

El caballo es la primera figura recurrente marcada por una fuerte impronta simbólica. Tiene que ver ambiguamente

con la muerte y la vida: une los dos términos galopando sin cesar de la una a la otra, o indica el misterioso camino que subterráneamente, como la memoria, recorren los muertos. Aparece con frecuencia en los tres primeros poemarios para culminar su carrera en dos poemas impresionantes; uno es el bello soneto "Caballo real" de *Muerte y memoria,* donde el caballo es el padre que desmonta al hijo en la vida para que recorra solo el trayecto hasta su propia muerte:

> Aquel caballo que mi padre era
> y que después no fue, ¿por dónde se halla?
> Aquellas altas crines de batalla
> en donde galopé la tierra entera.
>
> Aquel silencio puesto dondequiera
> en sus flancos con tactos de muralla;
> la silla en que me trajo, donde calla
> la filiación fatal de su quimera.
>
> Sé que vine en el trecho de su vida
> al espoleado trote de la suerte
> con sus alas de noche ya caída,
>
> y aquí me desmontó de un salto fuerte,
> hízose sombras y me dio la brida
> para que llegue solo hasta la muerte.

El otro es el penúltimo poema de *Algunas palabras,* y el caballo, extraído de un cuadro de Paolo Uccello, está esta vez aislado en una desnuda referencia a la muerte pura, si se puede decir: no ya la muerte y los muertos personales que acompañan al poeta, la muerte antigua que la memoria rescata en el poema, sino la muerte en futuro, impersonal y colectiva, sin rescate: este caballo estuvo en Hiroshima, sus patas llevan en la noche a la desolación del exterminio "y hoy aguarda en el fondo de la cuadra / con los jinetes del Apocalipsis". Es el primero —y el más tremendo— de los contados enfoques explícitos de los embates de la historia desatada en violencia homicida que amenaza a nuestra tierra. Después, a partir de *Terredad,* el símbolo del caballo se eclipsa, para no reaparecer sino esporádicamente, una vez en el poema "La casa" de *Terredad* y de nuevo en relación con la

casa en "Ida y vuelta" de *Alfabeto del mundo.* Algo análogo sucede con las figuras de los muertos familiares que sin ocultarse definitivamente dejarán de ser una dominante en la temática de los poemas. Reaparecerán como "los mayores" o "los míos", y "Álbum de familia", uno de los últimos poemas de *Alfabeto del mundo,* poemario inédito en libro fechado en 1986, los reunirá a todos, en espera de que el vástago que escribe vaya a reunirse con ellos en la última página del álbum.

Como vemos, las intuiciones de *Élegos* anuncian el segundo libro de poemas y su nombre, *Muerte y memoria,* libro que ahonda en este diálogo entre vivos y muertos, tejiendo entre vida y muerte una franja de ambigüedad, "cosiendo" como la obscura madre en *Élegos,* "hasta el fin los vivos a los muertos", en una larga charla en la que no se sabe "quién vive todavía, quién está muerto" ("Sobremesa"). Pero *Muerte y memoria* aporta además desde el primer poema un tema capital con la figura de Orfeo que introduce a su vez el tema, éste sí constante, del canto y su agonía en nuestra época:

> Orfeo, lo que de él queda (si queda),
> lo que aún puede cantar en la tierra,
> ¿a qué piedra, a cuál animal enternece?
> Orfeo en la noche, en esta noche
> (su lira, su grabador, su cassette)
> ¿para quién mira, ausculta las estrellas?
> Orfeo, lo que en él sueña (si sueña),
> la palabra de tanto destino,
> ¿quién la recibe ahora de rodillas?
>
> Solo, con su perfil en mármol, pasa
> por nuestro siglo tronchado y derruido
> bajo la estatua rota de una fábula.
> Viene a cantar (si canta) a nuestra puerta,
> ante todas las puertas. Aquí se queda,
> aquí planta su casa y paga su condena
> porque nosotros somos el Infierno.

Las dudas que se encierran en los paréntesis están cargadas de una terrible significación; así como hemos perdido la certeza de Dios —"Dios (si hay un Dios) pasa a caballo", dice el poema "Paisajes" de *Algunas palabras*— hemos per-

dido la certeza del canto. No sabemos siquiera si queda algo de Orfeo, si sueña, si canta. Si canta es a fin de cuentas como si estuviera mudo, o peor aún, tartamudo, como dice el poeta en "En esta ciudad", pues nadie recibe sus palabras, a nadie enternece. Quizás este Infierno que somos nosotros y en el que se ha quedado el fantasma de Orfeo más que un mundo sin canto es uno en que el canto, mutilado y fatigado, cae inmediatamente en la indiferencia, en el silencio o en la irrisión. En todo caso, lo que llama ante todo la atención en el poema son los interrogantes. La mención explícita de la figura misma de Orfeo no es frecuente en la obra.* Después de este poema acudirá dos veces: en "Arqueologías", poema de *Terredad*: Orfeo reaparece revestido de todo su esplendor mítico, y el poeta reafirma su permanencia; en cambio en el poema "En esta ciudad" de *Trópico absoluto* lo encontramos de nuevo con su canto trabado por la degeneración del mito: "Orfeo el tartamudo es mi vecino." En el poema que ahora comentamos Orfeo es sobre todo una clave que abre los interrogantes y abre al mismo tiempo una rendija por donde el poeta se escabulle en busca "de lo que aún puede cantar en la tierra". ¿Para dar testimonio de la permanencia del canto? Más bien acaso en testimonio del obscuro esfuerzo de la tierra "para que el canto permanezca". En efecto, Eugenio Montejo, al revés de Hölderlin, no parece ver directamente a los poetas como fundadores de lo que permanece. Los fundadores son más bien unas inocentes criaturas a ras de tierra: los árboles que hablan poco, las cigarras ("No todo lo que amamos, si ellas cantan, / se habrá perdido para siempre." —"Las cigarras"), los gallos, las ranas y, claro, los pájaros, que harán irrupción en *Terredad*.

Este libro, *Terredad*, es una encrucijada. Absorbe los temas que se han ido plasmando desde *Élegos* hasta *Algunas palabras*, los fija, los trasmuta y los proyecta en los libros siguientes, *Trópico absoluto* y *Alfabeto del mundo*. Sobre el origen del vocablo *terredad* Montejo ha dado las explicaciones siguientes:

* En la presente compilación el autor ha añadido otro poema sobre el tema, "Orfeo revisitado", que por primera vez se reproduce. [E.]

> Aunque la invención de palabras no es de mi agrado y, por el contrario, prefiero las voces más simples y antiguas, he titulado este nuevo libro *Terredad* porque creo que sirve para definir con bastante proximidad la condición tan misteriosa de nuestros días en la Tierra. Sobre su contenido nada quisiera añadir para dejar que los poemas hablen por sí mismos con lo poco que tengan de valor.[4]

Digamos que esta condición misteriosa de los días del hombre en la tierra el poeta la aborda por la mediación del canto a un doble nivel: las modulaciones de su propio canto y el canto de los árboles y de las aves que se integra en el canto del poeta.

> Podríamos asegurar —dice Francisco Rivera—[5] sin temor a caer en ninguna exageración que *Terredad* es en gran medida un libro sobre árboles y pájaros, es decir, el producto de un esfuerzo por parte del poeta para transcribir, para inscribir en el texto del poema, pues todo poema es una inscripción, cumpliendo las promesas que se hallan en ciertos textos de *Algunas palabras,* la voz del viento que susurra indistintamente entre ramas y hojas o el canto de las aves.

Los pájaros son pues como la población del ámbito de la terredad, y sin embargo los pájaros son seres aéreos, lo que supone que el aire se integra naturalmente en la noción de terredad, pero también seguramente —como lo ha observado ya Rivera— que de los dos momentos del vuelo el dominante para Montejo es el del perpetuo retorno a la tierra y al nido. El vuelo en sí no es desde luego lo que define la terredad del pájaro:

> La terredad de un pájaro es su canto,
> lo que en su pecho vuelve al mundo
> con los ecos de un coro invisible
> desde un bosque ya muerto.
> Su terredad es el sueño de encontrarse
> en los ausentes,
> de repetir hasta el final la melodía
> mientras crucen abiertas los aires

[4] "Con el poeta venezolano Eugenio Montejo. Una alianza entre la razón y el misterio." *La Prensa,* Buenos Aires, 18 de marzo de 1979.
[5] Francisco Rivera, "La poesía de Eugenio Montejo", en *Inscripciones,* Caracas, Fundarte, 1981, p. 95.

sus alas pasajeras;
aunque no sepa a quién le canta
ni por qué,
ni si podrá escucharse en otros algún día
como cada minuto quiso ser:
—más inocente.
Desde que nace nada ya lo aparta
de su deber terrestre;
trabaja al sol, procrea, busca sus migas
y es sólo su voz lo que defiende,
porque en el tiempo no es un pájaro
sino un rayo en la noche de su especie,
una persecución sin tregua de la vida
para que el canto permanezca.

La terredad del pájaro está, sin que deje de cruzar el aire con sus alas pasajeras, en su obstinado regreso a la tierra y en la tenaz repetición del canto que se nutre de lo terrestre: es en la tierra donde están las migas que le permiten realizar hasta el fin su deber terrestre y defender su voz y la continuidad de su canto. El canto de los pájaros se eleva no cuando vuelan sino cuando se posan en la tierra, cuando vuelven al árbol. La expresión de este tema en la figura de los pájaros está en correspondencia con el tema de los viajes de los hombres, de cualquier hombre que es siempre Ulises y regresa siempre a Ítaca:

Por esta calle se va a Ítaca
y en su rumor de voces, pasos, sombras,
cualquier hombre es Ulises

...

Aun sin moverte, como estos árboles,
hoy o mañana llegarás a Ítaca.
Está escrita en la palma de tu mano
como una raya que se ahonda
día tras día.

...

Por esta calle no ha cruzado un hombre
que al fin no alcance su paisaje.

se lee en el poema "Ítaca", en *Alfabeto del mundo.* Aun sin moverte llegarás a Ítaca: el vuelo o el viaje es una parábola cuya enseñanza secreta es la vuelta al centro y al lugar, que no está propiamente en la tierra, superficie o profundidad

del planeta, sino en la terredad, destino obscuro de cada ser terrestre que atrae a cada ser a su centro y lo religa a su mundo. Está escrito y eso que está escrito es lo que se canta en el canto y que nuestra civilización nómada y turística hace como si no escuchara. Porque en la trayectoria de ida y vuelta del ave lo esencial es el canto, el momento de la vuelta, todo ser que canta aunque no vuele ni viaje realiza idealmente esta trayectoria y el poeta absorbe su canto: árbol, cigarra, gallo, rana, río: cuando el canto del gallo queda afuera, dentro del gallo sólo hay vísceras y sueño. Y en el poema "Nocturno", de *Alfabeto del mundo*, el poeta se pregunta:

> Ahora que flotan en la sombra
> errantes edificios sonámbulos,
> . . .
> ¿no quedará en alguna casa un gallo gordo,
> uno solo que cante?
> . . .
> un gallo que simplemente cante
> para que los edificios retornen a su puesto
> sin que los hombres sepan por dónde deambularon?

Finalmente el poeta "[se] sum[a] al coro de las ranas. Quier[e] oírlas (. . .) esta noche, rodeándol[o]. (. . .) En sus coros [se] entreg[a] a la máxima gracia". Versos que recuerdan al antiguo Leopardi "mirando il cielo ed ascoltando il canto / della rana rimota a la campagna". "Le ricordanze": memoria de un mundo que es memoria de un canto. El canto de las ranas es también el canto de Orfeo, y la terredad de la rana, como la del pájaro, es su canto. Orfeo, ¿a qué piedra, a cuál animal enternece?, preguntaba el primer poema de *Muerte y memoria*: ahora resulta patente que hay por lo menos un animal al que enternece el canto de Orfeo, traducido en canto de pájaro, en canto de gallo, en canto de rana: el poeta mismo.

El poeta funda su canto y la permanencia del canto sobre todos los cantos de la tierra y sobre ese incesante esfuerzo inocente para que el canto permanezca. Sólo que el poeta, hombre al fin, no es inocente. Antes de cantar tiene que aprender a descifrar, luego a transcribir. La relación con lo terrestre, inocente, espontánea e inmediata en el río, el árbol, el

pájaro, la cigarra, el gallo o la rana, es en él ambigua y mediatizada, es algo que él tiene que aprender, conquistar y construir. La unión mística con la tierra a la que obscuramente alude el término de terredad y el canto que la expresa no se da en él sino de manera precaria, fugitiva, fragmentaria. No sabe, no conoce, no ve bien, no oye bien. De ahí que el poema aparezca sobre todo como un esfuerzo por "anotar" otro canto, por restituir en palabras las voces que oímos emerger de la tierra, por ejemplo la del árbol, o volver volando del cielo hacia la tierra, como la del pájaro. Retenemos tres poemas que presentan tres perspectivas distintas pero convergentes de la figura del poeta: "El esclavo" de *Terredad*, "Poeta expósito" de *Trópico absoluto* y "El poeta" de *Alfabeto del mundo*. "Ser el esclavo que perdió su cuerpo / para que lo habiten las palabras", dice el primero de estos textos. A costa de hacerse esclavo, de renunciar hasta a su propio cuerpo para dejarse invadir por las palabras, a costa de velar cuando todos duermen, siempre en terror de estar en vela frente a los astros, el hombre podrá practicar la alquimia de la poesía y transformar en oro el barro humano, para que no lo arrojen a los perros. En el segundo, el poeta expósito se presenta como arrancado a la nada "de un golpe seco / (. . .) / (. . .) / tronchado de raíz / con dos ojos abiertos y un grito / el hondo grito de quien soñó ser pájaro / y no trajo las alas para el vuelo. / (. . .) / Poeta expósito errando a la intemperie, / mi único padre es el deseo / y mi madre la angustia del huérfano en la tierra". Esta angustia halla una singular expresión en el tercer poema, donde encontramos la alegoría de lo que podríamos llamar el poeta avaro: anda por el mundo absorto y con los ojos abiertos pero con las manos tercamente cerradas, como si llevara en ellas un tesoro. El tesoro no es de oro ni joyas: cuando la muerte le abre las manos, "quienes lo despidieron en su lecho / nada encontraron, salvo un canto de pájaro".

Custodio de palabras, avaro detentor de un canto que no es suyo, la angustia, la desazón y la insatisfacción están inscritos en su destino, y el sentimiento de orfandad. Por debajo de la figura del poeta, los versos de Montejo parecen referir más generalmente a la condición precaria y desgarrada del

hombre en la tierra. Sólo que el poeta tiene esta particular responsabilidad de guardar celosamente en sus manos —o en su memoria— los cantos de la tierra y trasmutarlos, por medio de la escritura, en poesía, en canto humano. Todo esto desemboca en la cuestión capital de la escritura del poema, de lo que en ella es decible e indecible.

Desde el primer poema de *Algunas palabras* vemos que el empeño de Eugenio Montejo, como poeta, es "anotar", y entre lo que se propone anotar están las formas, los sonidos, los colores, y también el espesor y las fuerzas del mundo: transcribirlos en algunas palabras, en unos signos que refieran el canto de los pájaros, el sol del trópico, el correr de un río, el esplendor de un paisaje. Pero las palabras no pueden restituir, ni siquiera imitar sensorialmente el color de un celaje o las modulaciones del canto de un ave; la palabra no es acuarela ni violín; todo lo que puede hacer es nombrarlos o sugerirlos, sin siquiera nombrarlos, a la imaginación del lector: dar de ellos imágenes transpuestas, traducidas. Observemos en este sentido que la poesía de Montejo está en el polo opuesto del impresionismo literario de algunos modernistas que concebían el poema como una combinación musical y cromática, multiplicando los artificios que fingieran al oído sonidos de guitarras o a los ojos colores del arco iris. Montejo se limita a decir: "Anduve absorto detrás del arco iris", o "Estoy tocando la antigua guitarra con que los amantes se duermen". La conciencia que tiene el poeta del alcance y las limitaciones de la expresión por la palabra es lo que seguramente lo aleja en el aspecto formal de todo recurso a onomatopeyas o aliteraciones que traten de imitar torpemente los sonidos del mundo. La música que hay en los versos de Montejo es la música propia y específica de los versos hechos con palabras y no pretende imitar ni reemplazar de cerca ni de lejos el cantar del ave, el croar de las ranas ni el tañer de las guitarras. Pero sí aspira a "anotarlos".

Vale la pena pues que nos preguntemos aquí, cuando el poeta declara no haber podido anotar el grito del tordo, después de comprender que en su voz hablaba un árbol, qué es lo que del canto del tordo y su misteriosa relación con la

voz del árbol no ha podido anotar. No se trata por cierto de la reproducción del sonido material que podría efectuar, más o menos, una grabadora (el famoso grabador del moderno y decaído Orfeo). Aventuremos entonces una respuesta: lo que el poeta no logra anotar es la forma de este grito con su sentido: forma y sentido que si en el canto humano son ya difícilmente disociables, en el grito del tordo constituyen una sola y misma cosa: el significante *es* el significado para el oído y el espíritu del hombre que los oye. Hay pues implicada en esta dificultad de anotar una triple relación: la relación entre dos sistemas de signos, el del pájaro y el nuestro, que patentemente no se corresponden por lo menos en el estado actual de nuestros lenguajes; la relación misteriosa entre la voz del árbol y la voz del tordo; y finalmente la relación no menos misteriosa entre esa doble voz fundida en un único mensaje con su forma única y el espíritu humano que lo recibe en esa su forma singular, *ese* grito: es en el fondo un problema de "traducción", pues si se tratara simplemente de "reproducir" ya hemos dicho que esa operación es fácilmente efectuable por un aparato eléctrico. Pero traducir supone restituir un significado con otros significantes, y es eso lo que aparentemente el poeta declara no lograr: anotar al mismo tiempo el sonido y el sentido. A otro nivel, en un registro más familiar, es lo que sucede con la traducción de la poesía, más o menos: anotar por ejemplo en castellano lo que cantan Virgilio, Keats, Baudelaire o Trakl en sus respectivas lenguas. Sólo que a éstos podemos leerlos en sus lenguas, análogas si no iguales a la nuestra, con relativa competencia. En el lenguaje natural del mundo, al que alude con insistencia Montejo, bajo la dificultad de anotar subyace la dificultad de descifrar. Esto nos lleva a la representación del mundo como una red de signos, como un alfabeto que tenemos primero que aprender a deletrear si, bien o mal, queremos anotar el texto que leemos. Y es lo que claramente expresa el poema que da su título al último poemario, "Alfabeto del mundo":

> En vano me demoro deletreando
> el alfabeto del mundo.
> Leo en las piedras un oscuro sollozo,
> ecos ahogados en torres y edificios,

indago la tierra por el tacto
llena de ríos, paisajes y colores,
pero al copiarlos siempre me equivoco.

...

Cuando el tahúr, el pícaro, la adúltera,
los mártires del oro o del amor
son sólo signos que no he leído bien,
que aún no logro anotar en mi cuaderno.
Cuánto quisiera al menos un instante
que esta plana febril de poesía
grabe en su transparencia cada letra:
la o del ladrón, la t del santo,
el gótico diptongo del cuerpo y su deseo,
con la misma escritura del mar en las arenas,
la misma cósmica piedad
que la vida despliega ante mis ojos.

Descifrar y transcribir en el cuaderno o poema el mundo entero con toda la complejidad de su enorme y misteriosa red de símbolos; no sólo pájaros y árboles (objetos privilegiados de la intuición por su fuerte virtud de simbolización), no sólo ríos, paisajes y colores, sino las fuerzas afectivas que en el mundo se entrechocan y se abrazan, la cavilación de los hombres que deambulan, la culpa de los inocentes, todos signos que no se pueden leer bien, seguramente porque —como dice el poema "Las ranas"— la oscuridad de Dios no deja ver nada claro". Así que no hay manera de no equivocarse en la versión. La poesía no es exacta, primero, porque la realidad no es sino imperfectamente legible, y segundo, porque su alfabeto interminable y necesario es irreductible a los 30 signos convencionales del nuestro, como su música ("si es musical la fuerza que hace girar al mundo"...) se adapta mal al limitado registro fónico de nuestras lenguas humanas, y sobre todo, diría el maestro Blas Coll, "a las estructuras tan pesadas de nuestro idioma". De ahí el anhelo o la tentación (expresado por más de un poeta moderno) de abandonar la escritura en palabras, de grabar las letras con la misma escritura del mar en las arenas o con una escritura de piedra: "Alguna vez escribiré con piedras, / midiendo cada una de mis frases / por su peso, volumen, movimiento. / Estoy cansado de palabras" ("Escritura"). Esto parece imposible. Pero el poeta persigue tercamente ese imposible, empe-

ñándose, de poema en poema, en inventar un lenguaje más y fiel a las músicas del mundo, más natural. Así el lenguaje mismo, lugar original del poeta, se vuelve utópico en la busca de una palabra que nos devuelva el *topos* desechando todo tópico. En la nostalgia del lugar perdido, del regreso al canto de Orfeo está implicada esencialmente la nostalgia de un mundo en que los hombres hablaran "como los árboles y los pájaros que los rodean, como los vientos en sus piedras milenarias",[6] un mundo anterior a la palabra en que las pala-

[6] *El cuaderno de Blas Coll*, p. 47. Blas Coll es el lingüista de la utopía, el investigador incesante de un lenguaje por crear, y en sus papeles indescifrables dice muchas cosas que Eugenio Montejo, poeta de lengua castellana, no puede o no debe razonablemente decir. Dos fragmentos de este cuaderno nos parecen particularmente ilustrativos de la preocupación del poeta. El primero asedia el lugar de la poesía como un ámbito de pensamiento e imágenes puras anterior a las palabras:

> Un pensamiento es tanto más verdadero si lo que expresa puede ser representado sin palabras en nuestra conciencia. El hábito verbal le agrega un peso tal a toda idea, que casi nos es imposible salir de las palabras para pensar. Y, sin embargo, el ajedrecista puede concebir una variada serie de movimientos de formulaciones no verbales, del mismo modo que el músico concibe una estructura puramente tonal. Se me da así clara la diferencia entre prosa y poesía, siempre confusamente planteada. Prosa es toda representación de conceptos; poesía, en cambio, es imagen pura, acecho de la palabra desde la zona de nuestra mente no contaminada de verbalidad.

El otro fragmento narra la aventura del hallazgo de una nueva vocal:

> ...muchos soles soporté oyendo el viento entre las piedras, el chasquido del agua en los acantilados. Fijaba, antes de irme, un cartel a la puerta de mi tipografía: *Volveré tarde. Salí a buscar una vocal.* De noche, entre las lluvias torrenciales, prestaba toda la atención posible a los diferentes timbres de las gotas en las hojas, y así por años, sin avanzar un palmo en mi propósito. Fue en el crujido de una palma desolada donde por primera vez la advertí. Me hizo el efecto de la cuerda de un violín sumergido que se rompe. La anoté al instante con gran contento de mi hallazgo y la repetí durante varios años hasta hacerla mía del todo... (p. 40).

"Hay indicios —dice Montejo— de que don Blas prescindió al final del alfabeto." Pero también dice que don Blas se volvió loco apenas entró en la materialización de sus teorías.. Más de un gran poeta, sin embargo, ha de haber errado alguna vez por las vecindades de esa locura. Estas reflexiones, en todo caso, nos aclaran mejor que cualquier comentario exterior la dificultad para el poeta de anotar

bras que lo expresaran tendrían otra función y otra estructura. Tal es la utopía. De momento, al poeta no le queda sino seguir equivocándose en castellano. Pero de equivocación en equivocación afina más y más el oído para escuchar mejor las voces de la tierra. Es realizando un trabajo interno y sutil con las sonoridades y las combinaciones melódicas posibles en el idioma como Montejo desplaza siempre un poco más las barreras de lo imposible. Y si no logra la adecuación perfecta entre las palabras y el ámbito secreto "no contaminado de verbalidad", en esta indagación poética su lenguaje se acendra, se hace flexible y denso, más fiel al dechado de un cántico desnudo de palabras, más connaturalizado con la tierra.

Hay un poema impresionante de Blanca Varela que lleva por título "Curriculum vitae": "digamos que ganaste la carrera / y que el premio / era otra carrera". La carrera del poeta es como una novela de Kafka. Pero si al fin de cada carrera no ha logrado reescribir adecuadamente los signos obscuros, algún fragmento habrá rescatado del misterio, tendiendo un frágil puente de letras entre el espíritu y el mundo. No con escritura de mar y de piedra sino con algunas palabras medidas el poema despliega ante nuestros ojos algo de esa cósmica piedad que el poeta lee en la vida. Y eso es algo, entre muchas otras cosas, que debemos aprender a deletrear con devoción en la poesía de Eugenio Montejo.

AMÉRICO FERRARI

Ginebra, 1986

el grito del tordo: para anotarlo verdaderamente habría que inventar el fonema apropiado; más que reformar la lengua desde su raíz, crear otra. El lector de la poesía de Montejo debería leer paralelamente *El cuaderno de Blas Coll*, que al mismo tiempo la explica y la discute.

Élegos

(1967)

ACACIAS

ESTREMECIDAS como naves,
acacias emergidas de un paisaje antiguo
y no obstante batidas en su fuego
bajo la negra luz de atardecida.
Yo miro, yo asisto
a este mínimo esplendor tan denso,
yo palpo
la intermitencia de las arboladuras,
su fuego girante, delirante;
enmarcadas en un éxtasis grave
como desposeídas lanzadas al abismo,
así de grande,
en un follaje poblado de sombras agitadas,
las miro
frente a la piedad de mis ojos
bajo los huracanes de la Noche.

ELEGÍA A LA MUERTE DE MI HERMANO RICARDO

MI HERMANO ha muerto, sus huesos yacen
caídos en el polvo. Sin ojos con qué llorar,
me habla triste, se sienta en su muerte
y me abraza con su llanto sepultado.

Mi hermano, el rey Ricardo, murió una mañana
en un hospital de ciudad, víctima
de su corazón que trajo a la vida
fatales dolencias de familia.

Mi madre estuvo una semana muerta junto a él
y regresó con sus ojos apaleados
para mirarme de frente. Aún hay tierra
y llanto de Ricardo en sus ojos.

Perdía voz —dijo mi hermana, tenía febricitancia
de elegido y nos miraba con tanta compasión
que lloramos hasta su última madrugada.
Mamá es más pobre ahora, mucho más pobre.

Mi familia lo cercó. Él nos amaba
con la nariz taponada de algodones.
Todos éramos piedras y mirábamos
un río que comenzaba a pasar.

Lo llevaron alzado como un ave de augurios
y lo sembraron en la tierra amorosa
donde la muerte cuida a los jóvenes.
Cuando bajó, sollozaba profundo.

El rey Ricardo está muerto. Sus pasos
de oro amargo resuenan en mi sangre
donde caminan con fragor de tormenta.
Su nombre estalla en mi boca como la luz.

Todos lo amamos, mi madre más que todos,
y en su vientre nos reunimos en un llanto compacto:
desde allí conversamos, como las piedras,
con un río que comienza a pasar.

NO SOY FAMILIA DE ESOS ÁRBOLES

No SOY familia de esos árboles
que avanzan de muletas en su verdor
al patio de internado. Me toman
sin conocerme. Posan en mis cabellos
el compasivo silencio de sus ramas
y aguardan. Mi preceptor espía el fondo
de mis pasos como hurgando una sal
de placenta que me recoja. Ya nadie viene.
Ni madre que me conduzca por el río
de su sangre. Ni la buena pestaña
que se lleve mis ojos. Hastiada la cabeza
se me hunde en el plumón de las costillas.

Ya no se irán de mí los filos espoleantes
con que muerde esta acera. Los clavos
de esas raíces me dejarán aquí
para siempre. Aunque abra la ventana
de casa y crezca lejos, aunque pague
con oro de mi infancia una culpa inocente,
ya no podré zafarme. Y si corro
hacia mi vida, hacia mi muerte,
el preceptor saca la lengua precisa
y con su astucia de sapo me captura.

¿DE QUIÉN ES ESTA CASA QUE ESTÁ CAÍDA?

¿DE QUIÉN es esta casa que está caída?
¿De quién eran sus alas atormentadas?
Hay una puerta con ojos de caballo
y flancos secos en la brida muerta
de su aldaba. El relojeante polvo
donde se palpa la usura del vacío
con sus patas de araña. Y el jinete de sombras
que traspuso en la ojiva su ser
de regios estandartes. Y al desmontar
erró por años confinado a un espacio
de geométrico frío hasta hacerse fantasma.

EN LOS BOSQUES DE MI ANTIGUA CASA

En los bosques de mi antigua casa
oigo el *jazz* de los muertos.
Arde en las pailas ese momento de café
donde todo se muda. Oréanse ropas
en las cuerdas de los góticos árboles.
Cae luz entre las piedras y se dobla
la sombra de mi vida en un reposo táctil.
Atisbo en la mudez del establo
la brida que lleve por la senda infalible.
Palpo la montura de ser y prosigo.
Cuando recorra todo llamaré ya sin nadie.
Los muertos andan bajo tierra a caballo.

OSCURA MADRE DE MIS ÉLEGOS

OSCURA madre de mis élegos,
tú que gravitas, tú que antecedes,
calma central en el vacío de la casa.
Giras a medio arco del sillón
donde columpias las espaldas hinchadas
al jadeo de tus lámparas. Giras
por ese aire de fatal levitación
con las biblias agónicas del pecho,
hasta que caes a copos de la aguja
y en dedales y ojeras nos coses hasta el fin
los vivos a los muertos,
tan honda que en ti desapareces.

MAYO

Al Dr. José Solanes

MAYO nos abre su día blanco
en la llovizna de amanecida,
azota el viento los terrados
con su furia gélida y el agua
se arrebuja en la piedad de los bajantes.

Es mayo aún su cielo plúmbeo;
gordas moscas husmean viejas cáscaras,
brotan escarabajos de la tierra húmeda
y los árboles majestuosos,
estremecidos en sus follajes oscuros,
soportan los fragores de los truenos
como quien oye graznar sus aves familiares.

MI PADRE REGRESA Y DUERME

MI PADRE regresa y duerme;
se halla en ese límite de blanco
y de negro que me levanta
y me hunde. Me palpa
con su mano en el sueño. Se quita
su ser y su no ser, se cae
sobre sus restos hacinados
que respiran. Sabe lo que fui,
lo que seré (lo olvida al despertar).
Sus ojos hundidos yacen
en el pozo profundo
donde he sido procreado.
Mi padre regresará para nombrarme,
ahora duerme lejano; sus pies
desnudos se detienen
soñándome las leguas del camino
que habré de recorrer.

Muerte y memoria

(1972)

ORFEO

ORFEO, lo que de él queda (si queda),
lo que aún puede cantar en la tierra,
¿a qué piedra, a cuál animal enternece?
Orfeo en la noche, en esta noche
(su lira, su grabador, su cassette),
¿para quién mira, ausculta las estrellas?
Orfeo, lo que en él sueña (si sueña),
la palabra de tanto destino,
¿quién la recibe ahora de rodillas?

Solo, con su perfil en mármol, pasa
por nuestro siglo tronchado y derruido
bajo la estatua rota de una fábula.
Viene a cantar (si canta) a nuestra puerta,
ante todas las puertas. Aquí se queda,
aquí planta su casa y paga su condena
porque nosotros somos el Infierno.

SOBREMESA

A TIENTAS, al fondo de la niebla
que cae de los remotos días,
volvemos a sentarnos
y hablamos ya sin vernos.
A tientas, al fondo de la niebla.

Sobre la mesa vuelve el aire
y el sueño atrae a los ausentes.
Panes donde invernaron musgos fríos
en el mantel ahora se despiertan.

Yerran vapores de café
y en el aroma, reavivados,
vemos flotar antiguos rostros
que empañan los espejos.

Rectas sillas vacías
aguardan a quienes, desde lejos,
retornarán más tarde. Comenzamos a hablar
sin vernos y sin tiempo.

A tientas, en la vaharada
que crece y nos envuelve,
charlamos horas sin saber
quién vive todavía, quién está muerto.

DOS LLAMAS

No es sueño esa hora extática
donde me veo ir de tu mano
a través de los árboles quietos
de la casa sin nadie.

No es sueño el diálogo que vuelve
a nuestras dos límpidas llamas,
hasta fundirnos en la noche
al fondo de una lámpara.

¿Cómo saber cuál de los pábilos
ha cortado la muerte? Uno de ambos
está soñando al otro,
pero en la luz que mezcla el tiempo
nos vemos y nos basta.

LEVITACIÓN

No sé a quién silba mi padre,
en esas tardes tan ausentes,
cuando recuesta su silla de cuero
al frente de la casa.

No sé en qué vuelta de esa silla
llega a otro tiempo, ni en cuál hora
se fuga de nosotros
para hablar a sus muertos.

Pero hay un sobrerritmo
entre signo y silencio
donde se evade; una gran puerta
con que accede al misterio.

De repente se muda
sigiloso y nos deja
su alma en media sombra
atada a fríos silencios.

Nosotros siempre levitamos
bajo ese silbo tan funesto
que en sus adormideras
nos hunde y nos repliega.

DESPERTAR

La luz derrumba los castillos
donde flotábamos en sueño;
queda su tufarada de ballena
en nuestro espejo opaco...
Ya erramos cerca de Saturno,
ahora la tierra gira más despacio.
Temblamos solos en el medio del mundo
y abrimos la ventana
para que el día pase en su barco.
Anoche nos dormimos en un país tan lejano.

REGRESO

UN INSTANTE la silla ha regresado
a su lejano árbol
con sus verdes tatuajes ya secos.

Sus pájaros están dispersos, muertos,
y la manada del rugoso cuero
yace plegada bajo las tachuelas.

Ya no hay más que silencio nivelado
bajo la sombra de un follaje extinto
donde se curte todo su misterio.

Fiel a sus tablas, sólo da reposo
cuando de tarde la hemos recostado
a la pared, ahogando una memoria
de días que crecieron como un árbol
y la vida tronchó por cosa muerta,
claveteada con viejos pensamientos.

RETORNOS

El tiempo es redondo y atormenta...
Voy mirando toda mi vida
bajo la huella de una carreta.
En el próximo pueblo hay un rostro
al que he conocido hace siglos;
salvo la lluvia y el polvo,
salvo el tacto en los espejos,
me reconocerá por el caballo
y los cascos llenos de nieve.

Todas las formas del paisaje
pasarán del negro al verde
y otra vez del verde al negro,
según las vueltas de la rueda...
Y en los galopes se hará el viento
con los vapores del misterio,
cuando los ojos del auriga
palpen las piedras del camino,
cada vez que sueño y cabalgo,
mientras vuelvo y desaparezco.

LEJANO

Noche sin gallos, sin un solo gallo
que con su grito del último ángel
nos devuelva a la casa.
Noche donde la ausencia sopla una bujía
y a oscuras oímos en el patio
a otros muertos que hablan otra lengua
y no nos acompañan.
Noche en que el río de nuestra aldea
suena ya lejos, más lejos que los astros.

SALIDA

SERÉ un cadáver fácil de llevar
a través de los bosques y los mares;
en una carroza, en un blanco navío,
con lamento de corno o de fagot,
al monótono croar de los sapos...

Seré un cadáver inocente,
contemplativo inmóvil de mis restos,
aunque a pesar mío suene a réquiem
aquel llanto de sombra sin nadie
en los cascos del viejo caballo.

Seré un cadáver como ahora lo soy,
cavilador, absorto en lo sagrado,
pero liviano y fácil de llevar:
en una carroza, en un blanco navío,
con lamento de corno o de fagot,
al monótono croar de los sapos...

UN AÑO

VUELVO a contarme aquí mi vida
otra tarde de otoño,
viejo de treinta y tres vueltas al sol.
Vuelvo a replegarme en esta silla
palpando su inocencia de madera,
ahora que el año hace su estruendo
y me sacude fuerte, de raíz.
En la terraza inicio otro descenso
al infierno, al invierno.
Sangran en mí las hojas de los árboles.

OTRA LLUVIA

DEJA que llueva sobre los terrados,
no será nunca como antaño.
Recubre entre los párpados
los planos grises del agua que cae,
verás cómo se moja tu camisa de niño.
Siempre sobre la mente quedan charcas
y nunca es fácil atravesarlas
sin regresar con los zapatos anegados.

Quienes a nuestra vuelta hacían café
y nos secaban, tienen a esta hora
la lluvia vertical entre los ojos.
Por los tejados baja a los canales
un tiempo envuelto en verdes goterones
pero no rueda lo que imaginamos.
Afuera, entre la gárgola,
llega la voz de lo que nadie sabe.

HAMLET ACTO PRIMERO

Mira la sala: no es el cortinado
lo que tiembla. Ni la sombra de Hamlet.
Tal vez, tal vez la capa de su padre.
Todas las noches son de Dinamarca.

Los soldados se turnan en la ronda
y lían sus cigarros.
Vuelve tan crudo allí el invierno
que desdibuja en bultos blancos
la tenue imagen del televisor.
Pero la noche tiembla
y las túmidas narices del caballo
nos olfatean bajo la nieve...

¿Qué país no ha escondido algún rey muerto?
Pasan las propagandas
y retornan los pasos del espectro.

Es él, es él, es su fantasma
y la venganza de esa capa sola
estremece los clavos del perchero.
El locutor anuncia otra nevada
para mañana, pero roja, siniestra.
Todas las noches son de Dinamarca.

CABALLO REAL

AQUEL caballo que mi padre era
y que después no fue, ¿por dónde se halla?
Aquellas altas crines de batalla
en donde galopé la tierra entera.

Aquel silencio puesto dondequiera
en sus flancos con tactos de muralla;
la silla en que me trajo, donde calla
la filiación fatal de su quimera.

Sé que vine en el trecho de su vida
al espoleado trote de la suerte
con sus alas de noche ya caída,

y aquí me desmontó de un salto fuerte,
hízose sombras y me dio la brida
para que llegue solo hasta la muerte.

CEMENTERIO DE VAUGIRARD

A Teófilo Tortolero

Los muertos que conmigo se fueron a París
vivían en el cementerio Vaugirard.
En el recodo de los fríos castaños
donde la nieve recoge las cartas
que el invierno ha lacrado,
recto lugar, gélidas tumbas, nadie nunca
sabrá leer sus epitafios.

Un alba en escarchas de mármol
y el helado aguaviento
soplando sobre amargas ráfagas.
Alba de Vaugirard, rincón donde la muerte
es una explosión interminable. Piedras, huesos, retama.
¿Quién oía el tintinear de sus pailas
a la sagrada hora del café
cuando son interminables sus cháchar as?
¿Qué silencio tan hondo allí suplía
el canto de uno solo de sus gallos?

Muertos de sol, de espacios, de sabanas,
muertos de estrellas, de pastos, de vacadas,
muertos bajo tierra a caballo.
¿Qué queda allí de esa memoria
ahora que la última luz se ha embalsamado?
¿Qué recordarán sus camaradas
de sus voces, de sus humildes hábitos?

Alba de Vaugirard, niebla compacta,
amistad con que la luna clavetea las lápidas,
¿qué quedó allí de aquellos huéspedes
agradecidos de tanta posada?
¿Qué noticias envían ahora lejanos
a los caídos, a los vencidos, a los suicidas olvidados?

Un alba en escarchas de mármol
y el helado aguaviento
soplando sobre amargas ráfagas.
Oscuro lugar donde la muerte
es una explosión interminable
sobre recuerdos, átomos, retama.
¿Qué permanece de tanta memoria?
¿Quién llega ahora a oír sus chácharas
cuando la nieve recoge las cartas
que el invierno ha lacrado? Nadie nunca
sabrá leer sus epitafios.

Algunas palabras

(1976)

LOS ÁRBOLES

HABLAN poco los árboles, se sabe.
Pasan la vida entera meditando
y moviendo sus ramas.
Basta mirarlos en otoño
cuando se juntan en los parques:
sólo conversan los más viejos,
los que reparten las nubes y los pájaros,
pero su voz se pierde entre las hojas
y muy poco nos llega, casi nada.

Es difícil llenar un breve libro
con pensamientos de árboles.
Todo en ellos es vago, fragmentario.
Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
de un tordo negro, ya en camino a casa,
grito final de quien no aguarda otro verano,
comprendí que en su voz hablaba un árbol,
uno de tantos,
pero no sé qué hacer con ese grito,
no sé cómo anotarlo.

VECINDAD

Mi cuerpo errante se fatiga
de llevarme despacio por la tierra,
de andar conmigo horas y horas
caviloso, al lado de su huésped.

A veces dócil se detiene
para suplirme un ademán, un gesto;
después se suelta de mis manos,
se distrae contemplando las piedras...

Así paseamos juntos la ciudad,
absortos, hostiles en secreto;
él con la forma de mis padres,
su sangre, su materia,
yo con lo que queda de su sueño;
los dos tan cerca que los pasos
se nos confunden en la niebla.

ALTAMAR

Las noches de altamar en el Atlántico
y los barcos que lejos se saludan
con la humareda de los silbatos,
¡las espumas de sus blancos hospitales!

Vamos enfermos de llegar,
de no llegar en tantos días de mar adentro.
Ya no se ven los bordes de las islas
al acodarnos sobre el puente.

Nada se sabe aquí del mundo,
sólo se oye el lamento de los fados,
los acordeones que el mar bate en sus fuelles.
A bordo va un muchacho muerto
que llevamos a enterrar en Italia.
Somos un pequeño pueblo.

Las noches de altamar desde la popa
y los delfines que nos siguen
mucho después del viaje, hora tras hora,
disputando desechos.
¡Los delfines hambrientos tras el barco
y la estela que crece y nos destierra!

NOCTURNO AL LADO DE MI HIJO

DESPACIO la noche me reintegra
al áspero silencio
que esparcen atónitas estrellas
mientras mi hijo duerme.

Allí en su sueño, tras las nieblas
que nos separan, crece el árbol
por donde torna hacia otro día
mi sangre que aún en él es verde.

Allí mi infancia se reencuentra
entre la magia de sus ríos
al otro lado del espejo.

Caen ahogados murmullos de vidrio
esta noche en el mundo
todavía tan negro.
Y la inocencia en su reposo
que en lentas ondas fluye
mientras velo a su lado me atormenta.

A la mesa en que escribo
llega la sombra de mis padres
a zancos de otro tiempo.
Ojerosos anillos me suspenden
del velón que en sus ojos parpadea
al verme dormido de pequeño.

De padre a hijo la vida se acumula
y la sangre que dimos se devuelve
y nos recorre en estremecimiento.

Las horas caen de estalactitas
con un ardor silente
que empaña las vidrieras.

Quedan pocas estrellas. Es tarde.
Llegan más sombras a mi mesa
que se añaden al coro
de almas que me preceden.
Junto a la transparencia de mi hijo
sigue el bracero de los labios
mezclándonos las voces
en un salmo de amarga sobrevida
que da terror y quema.

PUEBLO EN EL POLVO

Estas calles oblicuas dan al polvo,
estas casas sin nadie se disuelven
en áspera intemperie
y piedras de sombra.

La luz derrumba las paredes
con bultos de esfuminos blancos.
Flotan remotos ecos
de veladas y restos de charlas.

Todas las puertas tienen ojos
y pestañas de adormideras.
Se repliegan al tacto
bajo el estruendo de los techos.

Por los solares juegan unos niños
en sus coros de ausencia.
Juegan a que están vivos todavía,
a que nunca se fueron.

ISLANDIA

ISLANDIA y lo lejos que nos queda,
con sus brumas heladas y sus fiordos
donde se hablan dialectos de hielo.

Islandia tan próxima del polo,
purificada por las noches
en que amamantan las ballenas.

Islandia dibujada en mi cuaderno,
la ilusión y la pena (o viceversa).

¿Habrá algo más fatal que este deseo
de irme a Islandia y recitar sus sagas,
de recorrer sus nieblas?

Es este sol de mi país
que tanto quema
el que me hace soñar con sus inviernos.
Esta contradicción ecuatorial
de buscar una nieve
que preserve en el fondo su calor,
que no borre las hojas de los cedros.

Nunca iré a Islandia. Está muy lejos.
A muchos grados bajo cero.
Voy a plegar el mapa para acercarla.
Voy a cubrir sus fiordos con bosques de palmeras.

PAISAJES

Los paisajes tatuados en mis ojos
que dan a un fondo de llanura
donde Dios (si hay un Dios) pasa a caballo,
se abren a cada sol más nítidos,
no los borran los años.

Hondos sus aires me circundan
hechos de ríos sentimentales,
de ásperas piedras y de voces
que nacen de sus pastos.

Son los paisajes que llevo a otras ciudades,
valijas leves, impalpables,
por largos caminos soleados,
donde los pueblos nacen de guitarras
y la vida está escrita
sobre las hojas de los plátanos.

Entro en ellos, alcanzo sus límites
cuando me desamparo en otras calles;
están a un paso de mi sombra,
a una sola palabra,
intactos en la tierra profunda
que me anochece al canto de sus gallos.

DESHORA

Los días se doblan en mi mesa,
se esparcen, rotan, se suceden,
pero ¿qué hace mi alma del tiempo?
Iba a amanecer y ya es noche,
vine a la ciudad y está desierta.

Antes poseía las horas,
me gustaba flotar en sus nieblas.
En casa me decían: —¿Dónde has estado?
Me hablaban de los lobos,
pero yo tenía tiempo.

Algunos pasos eran de aire
y de hojas en toda la senda.
Veía fluir las nubes de mis manos
y perderse a lo lejos.

Hoy ya no sé cruzar la calle
sin toparme al volver golfos de nieve.
Me quedo en vela muchas horas,
pero ¿qué hace mi alma del tiempo?

Llego tarde a mis noches, a mi vida,
tarde doblo los años en mi mesa.
No queda en casa nadie que pregunte
sino sus fotos en los muros.
Busco las huellas de los lobos
que me asustaban. Y los lobos son ellos.

LAS CIGARRAS

De la cigarra, animal melancólico,
insecto de líricos hábitos,
sólo nos queda la ceniza
y anillos secos en los árboles.
Mas de su canto entre los bosques
cuando está marzo en las acacias
y el flamboyán, el árbol fénix se abre
entre los patios,
la persistencia nos envuelve
y derivamos con sus gritos
hacia los altos aires.

A esta vuelta del año
alguna hora entre las otras
traerá el rumor, el coro denso
que crece hasta llegar a las ciudades.
Después el día se enciende
y flotan los seres y las cosas
en el sonido interminable...

No todo lo que amamos, si ellas cantan,
se habrá perdido para siempre.
En marzo vuelven, en cada marzo todavía
las aguardan los hombres y los árboles.
¿Tiene la muerte espacio más terrible
que donde nos falten las cigarras?

LA VIDA

A Vicente Gerbasi

La Vida toma aviones y se aleja;
sale de día, de noche, a cada instante
hacia remotos aeropuertos.

La Vida se va, se fue, llega más tarde;
es difícil seguirla: tiene horarios
imprevistos, secretos;
cambia de ruta, sueña a bordo, vuela.

La Vida puede llegar ahora, no sabemos,
puede estar en Nebraska, en Estambul,
o ser esa mujer que duerme
en la sala de espera.

La Vida es el misterio en los tableros,
los viajantes que parten o regresan,
el miedo, la aventura, los sollozos,
las nieblas que nos quedan del adiós
y los aviones puros que se elevan
hacia los aires altos del deseo.

ALGUNAS PALABRAS

ALGUNAS de nuestras palabras
son fuertes, francas, amarillas,
otras redondas, lisas, de madera...
Detrás de todas queda el Atlántico.

Algunas de nuestras palabras
son barcos cargados de especias;
vienen o van según el viento
y el eco de las paredes.

Otras tienen sombras de plátanos,
vuelos de raudos azulejos.
El año madura en los campos
sus resinas espesas.

Palmeras de lentos jadeos
giran al fondo de lo que hablamos,
sollozos en casas de barro
de nuestras pobres conversas.

Algunas de nuestras palabras
las inventan los ríos, las nubes.
De su tedio se sirve la lluvia
al caer en las tejas.

Así pasa la vida y conversamos
dejando que la lengua vaya y vuelva.
Unas son fuertes, francas, amarillas,
otras redondas, lisas, de madera...
Detrás de todas queda el Atlántico.

DORMIR

Dormir, pero en los viejos camarotes,
junto al flotante maderamen,
por los aires salinos, mar adentro.

En noches que el olvido olea despacio
y a bordo nadie se pregunta
si el barco viene o vuelve.

Dado a las ondas que nos llevan
sobre sus lomos de camellos,
ya sin deseo de ver tierra.

Y sentir la anestesia de los peces
con su mudez vidriosa
que cubre los espejos.

Cobrarnos el sueño que nos deben
tantas noches de lámparas,
tantos rotos poemas.

Dormir, dormir en viejos camarotes
y mullidas literas y vaivenes,
mientras la noche va cubriendo el mundo
con sordos resoplidos de ballena.

SALA DE PARTO

Las madres están sentadas en hileras
junto a los muros
y el viento las disuelve.
Se oyen sus corazones apagados
y sus ojos mirándonos dispersos
desde todas las piedras.

Lo maternal torna el espacio de esta sala
en un profundo vientre;
abulta las ventanas y los cuadros,
dilata las maderas,
nos entumece con máscaras de fetos.

Finjo leer mientras aguardo a una que traje,
pero no puedo.
Los llantos de novicias, las que vienen
tarde en las ambulancias, las expertas
que añaden sus consuelos,
me repliegan en un terror extraño
como si de todas yo naciera.

Lo maternal en esta sala es la materia
en su tensión terrestre.
La rueda de las sombras, el aumento
del silencio nocturno
y el dolor que da vueltas y vueltas...

Salgo hacia el patio a tomar aire, a reponerme,
pero no puedo.
Me rodean otros rostros más exangües
con cenizas de ojeras
que van a pocos días del parto
en sus paseos reglamentarios,
y esos niños, esos niños que bostezan
ante este mundo de paredes tan largas.

DOS REMBRANDT

CON grumos ocres pudo el viejo Rembrandt
pintar su último rostro. Es un autorretrato
en su final, hecho de encargo
para un joven pintor de 34.
(El mismo Rembrandt visto en otra cara.)

Puestos cerca esos cuadros
muestran en igual pose las dos bocas,
unos ojos intensos o vagos,
las manos juntas en el aire
y el tacto de colores
con hondas luces que se rompen
en sordos sollozos apagados...

Rembrandt en la vejez, al dibujarse,
supo ser objetivo. No interfiere
en los estragos de su vida;
ve lo que fue, no añade, no lamenta.
Su alma sólo nos busca por espejo
y sin pedirnos saldo
se acerca en sus dos rostros,
pero ¿quién al mirarlos no se quema?

HOTEL ANTIGUO

UNA mujer a solas se desnuda,
pared por medio, en el hotel antiguo
de esta ciudad remota donde duermo.

Abren las sedas un rumor disperso
que se mezcla al follaje
de los helechos en el aire.

Se oyen llaves que giran en un cofre,
jadeos ahogados, prendas,
la inocencia de gestos solitarios
que beben los espejos.

A su tiempo la noche se desnuda
y las calles apiladas se doblan
en un vasto ropaje
con la fatiga de un final de fiesta.

Una mujer a solas tras los muros,
unos pasos, un oscuro deseo,
hasta mí llega de otro mundo
como alguien que he amado y que me habla
desde un ataúd lleno de piedras.

SOBREVIDA

CUANDO errantes estrellas se detienen
para ver si seguimos en la tierra
y sus voces de vidrio en la ventana
llaman a cada uno por su nombre,
¿quién de nosotros al hojear un diario
puede afirmar su sobrevida?
¿Quién guarda leña para el Arca,
inocente, confiado de su suerte?

Despacio, en lenta luz estática
las estrellas se ven puerta por puerta;
arañan de noche los goznes
donde la sombra acumula sus nieblas
y van y vienen por las calles
atormentadas de tanto silencio...

Nadie responde al eco que lo llama,
nadie menos diluvio que los otros
dice algo más que las estatuas.
Sólo a lo lejos se oye el viento
pero su furia rompe en soplos secos
y estalla en los nudos de la madera.

NAVEGACIONES

De regreso en la noche,
cuando los árboles en vela
apagan una a una las lámparas
y declinantes postigos se oscurecen,
son más claros los hombres y sus pasos,
más vivo su reflejo.

Cada hombre es un astro, un cosmos habitado
fijo en la rueda de la niebla.
Cada uno en la noche retorna
de altas navegaciones
con un perro o un diario.
Su mayor lejanía es de palabras,
lo que a solas se dice, lo que queda
flotando entre sus ecos.

Algunos en sus órbitas se juntan
y brillan un instante
con un fulgor más denso.
Algunos son visibles todavía
al final de la calle,
pero después desaparecen.

LETRA PROFUNDA

Lo QUE escribí en el vientre de mi madre
ante la luz desaparece.
El sueño de mi letra antigua
tatuado en espera del mundo
se borró a la crecida del tiempo.
Colores, tactos, huellas
cayeron bajo túmulos de nieve.

Sólo murmullos a deshora
afloran hoy del fondo,
visiones en eclipse, indescifrables,
que envuelve el vaho de los espejos.

Mis ojos buscan en el aire
el espacio del alma en que flotaban
y se pierden detrás de su senda.
Lo que escribí en el vientre de mi madre
quizá no fue sino una flor
porque más hiere cuando desvanece.
Una flor viva que no tiene recuerdo.

EL OTRO

MIRO el hombre que soy y que vuelve;
he leído en Heródoto su vida;
me habla arameo, sánscrito, sueco.

Es miope, tardo, subjetivo;
yerra por calles que declinan
hasta que el horizonte lo disuelve.

Conozco sus muertes en el Bósforo,
sus túmulos en Creta,
los sollozos en un portal oscuro
por una mujer muerta en la peste.

Llama a todas las casas de la tierra;
cambia dolor por compañía,
hastío por inocencia,
y de noche se acerca a mi lámpara
a escribir para que las nubes amanezcan
más al centro del patio,
más cerca del país que nos espera.

LA ANUNCIACIÓN

(Una talla antigua)

MIRO el ángel de la vieja madera
bajo la transparencia que en las alas
tiene devastación de termiteros.

La túnica se borra hacia los hombros
y su dedo en los labios
nos esparce el quemante silencio
que cae de su leño.

Mas no por ángel nos retiene
absortos ante el sueño de María
con liviana inocencia de cedro.

Hay otra anunciación tras de sus ojos
que aguarda a nuestro lado
su terrible momento.

Y quizás cuando hable sea ya tarde
para todos nosotros,
tarde para sus alas en el fuego.

UNA GARZA

Miré en invierno rígida la garza;
blanca, petrificada ante el espacio
de compasiva nieve.
Desde los filamentos de sus patas
lentas burbujas de silencio
iban juntándose en sus plumas
y estallaban en límpidas esferas.

Extraño se contempla el mundo
cuando se ha visto la quietud de una garza.
El tumulto monótono se aleja
de nuestra sangre y cesa el pensamiento
de asirse al tiempo estéril, insistente.
La carne se hace amiga de la piedra
y ya no importa el aire en que flotamos,
aunque nos alce entre sus giros
o nos arrastre con las hojas secas.

TRENES NOCTURNOS

Tardos trenes nocturnos que van lejos
y con las sombras nos arrastran
al desamparo de sus túneles
por remotos andenes.

Tardos trenes con luz de cine mudo
donde los rieles fosforecen
en vidriosos paisajes.
Son más que sueño porque nunca nos dejan.

Dormimos recorriendo el mundo,
destinados a errar en sus vagones.
Dejamos las valijas a la puerta,
aguardamos la hora.

Bruselas surge en sombras
con la nieve que cae en duermevela,
se ven sus torres góticas,
la capa de Verlaine entre los puentes.

Nada puede el somnífero
para borrar el sordo tableteo
de los trenes nocturnos que van lejos.
Toda la noche tiemblan las paredes.

Al fin subimos los peldaños
y al sentarnos regresan las ciudades
falsas o verdaderas.
Alguno de nosotros ya no vuelve,
alguno ignora el viaje, se dormita,
pero mañana no despierta.

UCCELLO, HOY 6 DE AGOSTO

EN EL cuadro de Uccello hay un caballo
que estuvo en Hiroshima.
Nadie lo ve cuando se ausenta,
cuando sus ojos beben sombra
sobre los cascos que se pulverizan.

Uccello dejó un mapa de la guerra
arcaico, con armas inocentes.
No dibujaba aviones ni torpedos,
desconocía los submarinos,
su muerte iba del gris al rojo, al verde.

Sólo el caballo en este 6 de agosto
está herrado con viejas cicatrices,
sólo sus patas llevan en la noche
a la desolación del exterminio.

Es un caballo torvo, atado a un árbol,
siempre listo en su silla.
Uccello lo cubrió con capas de pintura,
lo borró de su siglo,
y hoy aguarda en el fondo de la cuadra
con los jinetes del Apocalipsis.

TÁMESIS

TÁMESIS, río de todas las máscaras;
ayer de tigre en el otoño
y hoy lento en el invierno
con trompa de elefante.
Ninguno te conoce
aunque viva mil años.
¡Oh, qué monólogo tan largo!...
Y cómo aplauden los mendigos
en el puente de Chelsea,
cómo arrancas sus lágrimas.
Siglo tras siglo vas abriendo tu cauce
frente a las viejas piedras del teatro.
Nadie sabrá qué piensas de nosotros,
qué le cuentas al último navío,
amargo, ambiguo Támesis,
río de todas las máscaras.

*Nostalgia de Bolívar**

(1976)

* Este poema no ha sido incluido en ningún libro del autor. Fue reproducido en la antología *Bolívar en la poesía hispanoamericana*, de Ana María Del Re y otros, Edit. Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1984.

NOSTALGIA DE BOLÍVAR

En el mapa natal que tatuamos en sueño
sobre la piel, las manos, las voces de esta tierra,
Bolívar es el primero de los ríos
que cruzan nuestros campos.
El Orinoco lo sigue en la llanura,
el Meta, el Caroní nutren sus aguas,
y todos los arroyos que serpean
por montes y por pueblos
llegan al mar unidos en su cauce.

Bolívar nace cerca de Manoa, junto a sus piedras;
los vientos y las lluvias dibujan su corriente;
brota con el silencio de una espada,
es un breve relámpago,
después crece,
su curso abierto se agiganta y desborda los Andes,
ya no se sabe adónde va, de dónde viene,
quién es Bolívar,
qué trae en su caudal a cada uno, qué reparte.
Ya nadie sabe si todos en su oleaje nos fundimos
a través de las cumbres,
cuando cae en torrentes o pasa silencioso
cubierto con su capa.

A su orilla los hombres en fila se congregan,
lo oyen hablar a solas con la tierra,
con el sol y los altos espacios siderales;
va fluyendo sin pausa aunque enfrente el abismo
y en ciertas horas se vuelve subterráneo;
deja escrita su luz sobre las venas de las rocas
hasta que reaparece al fin del arco iris,
envuelto en sus colores, cabalgando.

Bolívar es el primero de todos nuestros ríos
pero el más solitario.
Abre su caudaloso manantial y nos entrega
las llaves de El Dorado y sus minas salvajes;
de tanto dar se torna transparente,
es un espejo donde los ojos se miran en llamas,
una ventana que incendia su paisaje;
después se va quedando desnudo,
sin caballo,
sin sombra,
sin nada...
Cuando sale al océano ya se encuentra muy pobre,
casi llega en harapos.

El río doblando el corazón se duerme;
hay murmullos oscuros que al viento se expanden,
hay una gota roja que cae desde la orilla
y otra gota que tiembla
y un carbón que crepita y se apaga.
Cae en su noche,
en su naufragio,
ya no se ve, sus huesos se esparcen por el mundo,
su alma titila en estrellas lejanas.

Frente al azul final desaparece,
más allá sus estelas se borran en el mar,
no hay pasos que lo sigan,
no hay barcos;
nadie recuerda si todos fuimos él
o lo seremos,
si volverá algún día o está pasando en esta hora
por cada gota de la sangre.
Su vida se convierte en horizonte;
en cada mesa se parte el pan en nombre suyo,
en cada voz resuena su palabra.
Adentro de nosotros Bolívar se desborda,
nos hundimos en su rumor profundamente
y dejamos que en las ondas nos lleve
despacio, de la mano, entre el sueño y el agua.

Terredad

(1978)

SETIEMBRE

A Alejandro Oliveros

MIRA setiembre: nada se ha perdido
con fiarnos de las hojas.
La juventud vino y se fue, los árboles no se movieron.
El hermano al morir te quemó en llanto
pero el sol continúa.
La casa fue derrumbada, no su recuerdo.
Mira setiembre con su pala al hombro
cómo arrastra hojas secas.

La vida vale más que la vida, sólo eso cuenta.
Nadie nos preguntó para nacer,
¿qué sabían nuestros padres? ¿Los suyos qué supieron?
Ningún dolor les ahorró sombra y sin embargo
se mezclaron al tiempo terrestre.
Los árboles saben menos que nosotros
y aún no se vuelven.
La tierra va más sola ahora sin dioses
pero nunca blasfema.
Mira setiembre cómo te abre el bosque
y sobrepasa tu deseo.
Abre tus manos, llénalas con estas lentas hojas,
no dejes que una sola se te pierda.

DURACIÓN

DURA menos un hombre que una vela
pero la tierra prefiere su lumbre
para seguir el paso de los astros.
Dura menos que un árbol,
que una piedra;
se anochece ante el viento más leve,
con un soplo se apaga.
Dura menos que un pájaro,
que un pez fuera del agua;
casi no tiene tiempo de nacer;
da unas vueltas al sol y se borra
entre las sombras de las horas
hasta que sus huesos en el polvo
se mezclan con el viento.
Y sin embargo, cuando parte
siempre deja la tierra más clara.

TERREDAD

Estar aquí por años en la tierra,
con las nubes que lleguen, con los pájaros,
suspensos de horas frágiles.
A bordo, casi a la deriva,
más cerca de Saturno, más lejanos,
mientras el sol da vuelta y nos arrastra
y la sangre recorre su profundo universo
más sagrado que todos los astros.

Estar aquí en la tierra: no más lejos
que un árbol, no más inexplicables;
livianos en otoño, henchidos en verano,
con lo que somos o no somos, con la sombra,
la memoria, el deseo, hasta el fin
(si hay un fin) voz a voz,
casa por casa,
sea quien lleve la tierra, si la llevan,
o quien la espere, si la aguardan,
partiendo juntos cada vez el pan
en dos, en tres, en cuatro,
sin olvidar las sobras de la hormiga
que siempre viaja de remotas estrellas
para estar a la hora en nuestra cena
aunque las migas sean amargas.

SOY ESTA VIDA

Soy esta vida y la que queda,
la que vendrá después en otros días,
en otras vueltas de la tierra.

La que he vivido tal como fue escrita
hora tras hora
en el gran libro indescifrable;
la que me anda buscando en una calle,
desde un taxi
y sin haberme visto me recuerda.

Ya no sé cuándo llegará, qué la detiene;
no conozco su rostro, su cuerpo, su mirada;
no sé si llegará de otro país
—en un tapiz volante—
o de otro continente.

Soy esta vida que he vivido o malvivido
pero más la que aguardo todavía
en las vueltas que la tierra me debe.
La que seré mañana cuando venga
en un amor, una palabra;
la que trato de asir cada segundo
sin saber si está aquí, si es ella la que escribe
llevándome la mano.

LA MESA

¿QUÉ puede una mesa sola
contra la redondez de la tierra?
Ya tiene bastante con que nada se caiga
cuando las sillas entran en voz baja
y en su torno a la hora se congregan.

Si el tiempo amella los cuchillos,
lleva y trae comensales,
varía los temas, las palabras,
¿qué puede el dolor de su madera?

¿Qué puede contra el costo de las cosas,
contra el ateísmo de la cena,
de la Última Cena?

Si el vino se derrama, si el pan falta
y los hombres se tornan ausentes,
¿qué puede sino estar inmóvil, fija,
entre el hambre y las horas,
con qué va a intervenir aunque desee?

MUDANZAS

MUDANZAS por el mar o por el tiempo,
en un navío, en una carreta con libros,
cambiando de casas, palabras, paisajes,
separándonos siempre para que alguien se quede
y algún otro se vaya.
Despedirnos de un cuerpo de mujer
que se mira ya lejos como un pueblo,
donde las noches fueron más largas que los siglos
en lámparas y hoteles.
Mudanzas de uno mismo, de su sombra,
en espejos con pozos de olvido
que nada retienen.
No ser nunca quien parte ni quien vuelve
sino algo entre los dos,
algo en el medio;
lo que la vida arranca y no es ausencia,
lo que entrega y no es sueño,
el relámpago que deja entre las manos
la grieta de una piedra.

LA CASA

En la mujer, en lo profundo de su cuerpo
        se construye la casa,
        entre murmullos y silencios.
Hay que acarrear sombras de piedras,
        leves andamios,
        imitar a las aves.

Especialmente cuando duerme
        y en el sueño sonríe
        —nivelar hacia el fondo,
        no despertarla;
seguir el declive de sus formas,
los movimientos de sus manos.

Sobre las dunas que cubren su sueño
        en convulso paisaje,
        hay que elevar altas paredes,
fundar contra la lluvia, contra el viento,
        años y años.

Un ademán a veces fija un muro,
de algún susurro nace una ventana,
desmontamos errantes a la puerta
        y atamos el caballo.

Al fondo de su cuerpo la casa nos espera
y la mesa servida con las palabras limpias
para vivir, tal vez para morir,
        ya no sabemos,
porque al entrar nunca se sale.

CUANDO MI ESTATUA SE DESPIERTE

CUANDO mi estatua se despierte
continuará, no obstante, un largo rato
inmóvil, fija,
hasta que cese el coro de los pájaros
que la rodeen cantando en ese instante.
Quieta, sin parpadear, sin que se note
que mi sangre reinicia su curso
por sus venas de mármol,
ha de fingir que está soñando todavía,
que nada siente del vértigo de cosas
donde fluye el paisaje.
No hablará, no dará ni el más leve respiro
mientras sigan en torno los cantos
y tal vez cuando callen se habrá vuelto a dormir,
sin darse cuenta,
debajo del musgo solitario.

EL ESCLAVO

SER el esclavo que perdió su cuerpo
para que lo habiten las palabras.
Llevar por huesos flautas inocentes
que alguien toca de lejos
o tal vez nadie. (Sólo es real el soplo
y la ansiedad por descifrarlo.)

Ser el esclavo cuando todos duermen
y lo hostiga el claror incisivo
de su hermana, la lámpara.
Siempre en terror de estar en vela
frente a los astros
sin que pueda mentir cuando despierten,
aunque diluvie el mundo
y la noche ensombrezca la página.

Ser el esclavo, el paria, el alquimista
de malditos metales
y trasmutar su tedio en ágatas,
en oro el barro humano,
para que no lo arrojen a los perros
al entregar el parte.

GÜIGÜE 1918

A Juan Liscano

ÉSTA es la tierra de los míos, que duermen, que no duermen,
largo valle de cañas frente a un lago,
con campanas cubiertas de siglos y polvo
que repiten de noche los gallos fantasmas.
Estoy a veinte años de mi vida,
no voy a nacer ahora que hay peste en el pueblo,
las carretas se cargan de cuerpos y parten;
son pocas las zanjas abiertas;
las campanas cansadas de doblar
bajan y cavan.
Puedo aguardar, voy a nacer muy lejos de este lago,
de sus miasmas;
mi padre partirá con los que queden,
lo esperaré más adelante.
Ahora soy esta luz que duerme, que no duerme;
atisbo por el hueco de los muros;
los caballos se atascan en fango y prosiguen;
miro la tinta que anota los nombres,
la caligrafía salvaje que imita los pastos.
La peste pasará. Los libros en el tiempo amarillo
seguirán tras las hojas de los árboles.
Palpo el temblor de llamas en las velas
cuando las procesiones recorren las calles.
No he de nacer aquí,
hay cruces de zábila en las puertas
que no quieren que nazca;
queda mucho dolor en las casas de barro.
Puedo aguardar, estoy a veinte años de mi vida,
soy el futuro que duerme, que no duerme;
la peste me privará de voces que son mías,
tendré que reinventar cada ademán, cada palabra.

Ahora soy esta luz al fondo de sus ojos;
ya naceré después, llevo escrita mi fecha;
estoy aquí con ellos hasta que se despidan;
sin que puedan mirarme me detengo:
quiero cerrarles suavemente los párpados.

PARTIDA

Me voy con cada barco de este puerto,
con cada gota azul de oxígeno
entre roncos silbatos.

Me voy a Rotterdam donde ahora cae densa la nieve
y las gaviotas holandesas
hurgando las mercaderías
se posan en los mástiles.

Un camarote me espera en cada barco,
un libro de Li Po para mi travesía;
—búsquenme en Rotterdam, escríbanme
aunque no parta.

Si no salgo a esta hora será en otra;
las naves cambiarán, no mi deseo;
mi deseo está en Rotterdam:
desde aquí con la nieve lo diviso
entre sus casas.

No hay un solo camino sobre el mar
sin su contrario,
no hay maneras de estar y no estar donde se viaja.
Si mediara otra senda más simple, más humana,
saldría sin ausentarme,
la nieve me sería cálida al tacto.

En cada barco de este puerto
tengo fletado mi equipaje;
aunque me vean aquí mañana por los muelles,
estoy a bordo;
las naves cambiarán, no mi deseo;
—búsquenme en Rotterdam, escríbanme,
mi deseo tiene vuelo de gaviota
y nieve entre sus alas.

REYES

En ocios llenos de futuro
viraban los rostros de los reyes
al ángulo suspenso
del pintor de Palacio.

De súbito cesaba en ese gesto
la intriga de la Corte,
el dolor de la gota y los aciagos partes
de legiones en guerra;
sólo una mano y su pincel atónitos ceñían
la luz de los atuendos.

¿Qué tiempo fijaban a su pose
atormentados por los juicios
de presentidas turbas de museos?
¿Un mes, un año? ¿O vino un doble,
un vasallo suplente
a sostener la capa, la gorguera,
la rigidez amarga del Imperio?

Riela siempre en sus ojos
un desolado hastío, una lluvia lejana
que no debió amainar mientras posaban...
Flota el ensueño ambiguo
de alguien que mira en la ventana abierta
un labrador, un buey,
juntos, muy lejos,
y quisiera ser pobre al menos una vez,
pisar con pie desnudo los surcos de la tierra.
La lluvia no se ve. Sólo sus ojos
absortos resplandecen,
siguiendo al buey que ara lejano
y a los árboles mudos
que oyen el viento.

VUELVE A TUS DIOSES PROFUNDOS

VUELVE a tus dioses profundos;
están intactos,
están al fondo con sus llamas esperando;
ningún soplo del tiempo los apaga.
Los silenciosos dioses prácticos
ocultos en la porosidad de las cosas.
Has rodado en el mundo más que ningún guijarro;
perdiste tu nombre, tu ciudad,
asido a visiones fragmentarias;
de tantas horas ¿qué retienes?
La música de ser es disonante
pero la vida continúa
y ciertos acordes prevalecen.
La tierra es redonda por deseo
de tanto gravitar;
la tierra redondeará todas las cosas
cada una a su término.
De tantos viajes por el mar,
de tantas noches al pie de tu lámpara,
sólo estas voces te circundan;
descifra en ellas el eco de tus dioses;
están intactos,
están cruzando mudos con sus ojos de peces
al fondo de tu sangre.

EN EL NORTE

ESTA noche dimito de las sombras,
el Támesis regresa al Mar del Norte
con celajes de tren bajo la lluvia
y en sus raudos vagones
los viajeros sacan crucigramas.

Es la noche, resguárdate,
grita el reloj cerca del polo,
pero a esta hora mi país de ultramar
cruza el arco del sol
y se baten azules las palmas.

En cada muro en que me acodo
siento el vaivén errante de los barcos.
Entre estas islas y mi casa
caben todas las aguas por siglos de este río,
el gris invierno de paredes rectas,
los vientos que nos tornan monosilábicos
y quedan leguas que llenar para acercarse.

Mi corazón da tumbos en medio de la niebla,
no se ajusta a los polos,
busca el lugar donde la tierra gira más despacio.

Esta noche soy diurno frente al Támesis,
no voy a bordo en sus vagones,
sigo de pie con el silencio de una palma.
Mi país de ultramar resplandece a lo lejos
y yo cuento sus horas
en relojes perdidos más allá del Atlántico.

Su ausencia es mi único equipaje.

PROVISORIO EPITAFIO

No ME despido en una piedra
ilegible a la sombra del musgo,
—voy a nacer en otra parte.

Es provisorio mi epitafio,
quedan líneas en blanco
que alguien podrá llenar más tarde;
son cifras de otra vida, no de muerte,
son una partida futura
de nacimiento.

Ignoro adónde voy,
de qué planeta seré huésped,
a partir de cuál forma de materia
—carbón, sílex, titanio—
me explicaré después por aerolitos,
hablaré desde el agua.

No digo adiós en una piedra,
provisoriamente la dejo desnuda.
Lo que nadie imagina es lo más práctico.

MADONAS

En las madonas serenísimas
cuántos sueños regresan de pinceles antiguos,
cuántas Italias.
El paganismo de las cosas y los cuerpos,
las lentas nubes del deseo
tatuadas en el aire.
No quiero verlas: sé que están muertas aunque rían,
aunque susurren detrás de un abanico
de antiguos pavorreales.
No puedo abrir mis ojos al azul
sin ver la peste,
el terror del invierno en las casas sin leña,
las toses de Ticiano.
Busco en la calle otras madonas vivas,
otras Italias.
Aunque no queden remos en los puentes
ni palacios circuidos de canales,
quiero mirar la luz en los cuerpos que pasan,
quiero hablarles;
la belleza más pura es existir,
estar aquí en la tierra con el sol en las manos,
el sueño es un color más inmortal
pero no basta.

NINGUN AMOR CABE
EN UN CUERPO SOLAMENTE

NINGÚN amor cabe en un cuerpo solamente,
aunque abarquen sus venas el tamaño del mundo;
siempre un deseo se queda fuera,
otro solloza pero falta.

Lo sabe el mar en su lamento solitario
y la tierra que busca los restos de su estatua;
no basta un solo cuerpo para albergar sus noches,
quedan estrellas fuera de la sangre.

Ningún amor cabe en un cuerpo solamente,
aunque el alma se aparte y ceda espacio
y el tiempo nos entregue las horas que retiene.
Dos manos no nos bastan para alcanzar la sombra;
dos ojos ven apenas pocas nubes
pero no saben dónde van, de dónde vienen,
qué país musical las une y las dispersa.
Ningún amor, ni el más huidizo, el más fugaz,
nace en un cuerpo que está solo;
ninguno cabe en el tamaño de su muerte.

EPÍSTOLA SIN FORMA

A Guillermo Sucre

No nos pidas más forma que la vida,
tal como vino entre las horas
del tiempo en que crecimos.

No había más forma en la palabra que la vida
y lo demás fue azoro en nuestros huesos
o rencor de las piedras,
como quien planta casa
en un solar ajeno.

Tú que leerás después, en otro siglo:
mide tus dioses con los nuestros,
deletrea el áspero silencio.

No nos pidas más forma que la vida,
tal como en sombras la aceptamos,
como no quisimos rehuirla.
Delfos era ilegible al teletipo.

Descuenta las pérdidas, descuenta las dádivas,
jamás fuimos infieles a los muertos,
amamos la piedad, la imposible armonía.

Vivimos al filo de las horas
palabra por palabra;
tú que leerás, tal vez, desde otro mundo:
mide tus dioses con los nuestros,
descifra el sueño en la ceniza.

CREO EN LA VIDA

Creo en la vida bajo forma terrestre,
tangible, vagamente redonda,
menos esférica en sus polos,
por todas partes llena de horizontes.

Creo en las nubes, en sus páginas
nítidamente escritas,
y en los árboles, sobre todo al otoño.
(A veces creo que soy un árbol.)

Creo en la vida como terredad,
como gracia o desgracia.
—Mi mayor deseo fue nacer,
a cada vez aumenta.

Creo en la duda agónica de Dios,
es decir, creo que no creo,
aunque de noche, solo,
interrogo a las piedras,
pero no soy ateo de nada
salvo de la muerte.

LA TERREDAD DE UN PÁJARO

La terredad de un pájaro es su canto,
lo que en su pecho vuelve al mundo
con los ecos de un coro invisible
desde un bosque ya muerto.
Su terredad es el sueño de encontrarse
en los ausentes,
de repetir hasta el final la melodía
mientras crucen abiertas los aires
sus alas pasajeras;
aunque no sepa a quién le canta
ni por qué,
ni si podrá escucharse en otros algún día
como cada minuto quiso ser:
—más inocente.
Desde que nace nada ya lo aparta
de su deber terrestre;
trabaja al sol, procrea, busca sus migas
y es sólo su voz lo que defiende,
porque en el tiempo no es un pájaro
sino un rayo en la noche de su especie,
una persecución sin tregua de la vida
para que el canto permanezca.

SI DIOS NO SE MOVIERA TANTO

Si Dios no se moviera tanto
en las ondas del agua,
en el sol o los cuerpos.

Si flotando en las nubes no cayera;
si no usara del tiempo
con tanta redondez en la rosa, en sus pétalos.

Si no llevara el mar, los astros,
el iris del color
a la velocidad de la materia.

Si no cambiara a cada movimiento
acelerándose en sus átomos,
o se moviera sólo menos
y nos fuera filmando la vida
en cámara lenta.

Si levitando inmóvil en un eje,
ya borradas las horas,
abolido el reloj, el tenaz minutero,
nos dejara palpar el paisaje
con el tacto del Génesis.

CARACAS

TAN altos son los edificios
que ya no se ve nada de mi infancia.
Perdí mi patio con sus lentas nubes
donde la luz dejó plumas de ibis,
egipcias claridades,
perdí mi nombre y el sueño de mi casa.
Rectos andamios, torre sobre torre,
nos ocultan ahora la montaña.
El ruido crece a mil motores por oído,
a mil autos por pie, todos mortales.
Los hombres corren detrás de sus voces
pero las voces van a la deriva
detrás de los taxis.
Más lejana que Tebas, Troya, Nínive
y los fragmentos de sus sueños,
Caracas, ¿dónde estuvo?
Perdí mi sombra y el tacto de sus piedras,
ya no se ve nada de mi infancia.
Puedo pasearme ahora por sus calles
a tientas, cada vez más solitario;
su espacio es real, impávido, concreto,
sólo mi historia es falsa.

EL DORADO

A Luis García Morales

SIEMPRE buscábamos El Dorado
en aviones y barcos de vela,
como alquimistas, como Diógenes,
al fin del arco iris,
por los parajes más ausentes.
Unos caían, otros llegaban,
jamás nos detuvimos.
Los hombres del país Orinoco
nunca elegimos otra muerte.

Perdimos años, fuerza, vida;
nadie soñó que iba en la sangre,
que éramos su espejo.
El oro del alma profunda
a través de las voces
que nos inventaban los ríos
en el rumor de las aldeas.
El Dorado que trae el café
a la luz del Caribe
con sus soles a paso de bueyes.
Jamás lo descubrimos,
no era para nosotros su secreto.
Los hombres del país Orinoco
éramos hijos de la quimera.

LOS GALLOS

¿Por qué se oyen los gallos de pronto
a medianoche
si no queda ya un patio en tantos edificios?
Filtrados por muros de piedra
y rectos paredones
nos llegan sus ecos;
no se puede dormir, es más terrible
que en el tedio de las aldeas
cuando llenan el mundo de gritos.
Cruzan el empedrado,
la niebla de la calle,
alzan sus crestas de neón,
entran cuando el televisor borra sus duendes.
Pero no hay troja que los guarde
sino sombra de asfalto y sellados postigos;
¿de qué rincón vidrioso en los espejos
saltan
y se sacuden aleteando
las soledades de sus lejanías?
Gallos ventrílocuos donde me habla la noche,
¿son mi parte de abismo?
Gallos en el sonambulismo de las cosas,
roncos a causa de la ausencia
en caminos de polvo
cuyas voces creímos extintas,
¿qué hacen a medianoche en la ciudad
tan lejos,
qué lamento los va acercando a mis oídos?

DEBO ESTAR LEJOS

DEBO estar lejos
porque no oigo los pájaros.
Me ha extraviado la tarde en su vacío,
he recorrido esta ciudad
de voces extranjeras
sólo para advertir cuánto dependo
de sus cantos,
y cómo sus silbos gota a gota
se mezclan en mi sangre.
Debo estar lejos
o los pájaros habrán enmudecido
tal vez adrede,
para que su silencio me regrese
y mis pasos remonten las piedras
en esta larga calle,
hasta que vuelva a oírlos en el viento
y el migratorio corazón se me adormezca
debajo de sus alas.

NOCHE NATAL

CARACAS quedaba más lejos
que cuanto yo soñé desde la nada,
por eso al llegar era noche
y las calles estaban desiertas,
sin nadie;
era tan tarde que las piedras
flotando disueltas no me vieron
nacer al pie de la montaña.
Las casas más altas parecían,
para mi sed de espacio,
mucho más grandes que mi madre.
A paso lento iba la luna
con una vela entre las manos.
Los árboles hablaban a solas
de la guerra de España.
Yo tenía frío,
estaba cansado del viaje...
Y apenas llegado me dormí
tan hondamente
que aún no sé si despierto de esa noche,
porque a lo lejos
sigo oyendo sus gallos.

YO SOY MI RÍO

Yo soy mi río, mi claro río que pasa
a tumbos en las piedras.
Me circundan las horas y las ondas,
no sé adonde me arrastran,
desconozco mi fin y mi comienzo,
voy cruzando mi cuerpo como el arco de un puente.

Las nubes me siguen por los campos
con cálidos reflejos.
Entre los árboles derivo, entre los hombres;
sólo traje a la tierra este rumor
para cruzar el mundo,
lo he sentido crecer al fondo de mis venas.

Estas voces que digo
han rodado por siglos puliéndose en sus aguas,
fuera del tiempo.
Son ecos de los muertos que me nombran
y me recorren como peces.

Yo soy mi río, mi claro río que pasa
y me lleva sin tregua.
Sé que existe un navío
que cruza a mis espaldas;
palpo sus velas en mi sueño;
sigo la estela que deja en su camino,
pero no sé qué busca entre mi cauce
ni quién va a bordo
ni cuándo llegaremos.

PÁJAROS

Oigo los pájaros afuera,
otros, no los de ayer que ya perdimos,
los nuevos silbos inocentes.
Y no sé si son pájaros,
si alguien que ya no soy los sigue oyendo
a media vida bajo el sol de la tierra.
Quizás es el deseo de retener su voz salvaje
en la mitad de la estación
antes que de los árboles se alejen.

Alguien que he sido o soy, no sé,
oye o recuerda;
si hay algo real dentro de mí son ellos,
más que yo mismo, más que el sol afuera;
si es musical la fuerza que hace girar el mundo,
no ha habido nunca sino pájaros,
el canto de los pájaros
que nos trae y nos lleva.

ARQUEOLOGÍAS

DONDE estuvo Orfeo
y crecieron las náyades,
donde fue Tebas con sus siete puertas
y Manoa, la maléfica,
y la Atlántida de fastos sumergidos,
no es senda de pétrea arqueología
para olfato de sabios,
—sus sueños siguen a los hombres,
los continentes se desplazan.

Al oído del árbol
donde un ave susurre,
donde Orfeo sea una lira, una guitarra
y la sangre trasiegue sus infinitos cantos,
donde la vida abra sus signos
volverá lo que fue, lo que nunca perdimos,
mientras queden amantes en la noche
que abran las siete puertas del deseo
para que Tebas nazca.

LABOR

PARA que Dios exista un poco más
—a pesar de sí mismo— los poetas
guardan el canto de la tierra.
Para que siempre esté al alcance
la cantidad de Dios
que cada uno niega diariamente
y puedan ser al fin ateos
los hombres, las nubes, las estrellas,
los poetas en vela hasta muy tarde
se aferran a viejos cuadernos.

Dios rota en sus eclipses
y se deja soñar desde muy lejos.
En medio de la noche
las sombras borran las ventanas
de rectos edificios.
Son pocas las lumbres encendidas
que tiemblan a esa hora
en la intemperie,
son pocas, pero cuánto resisten
para inventar la cantidad de Dios
que cada uno pide en sueño.

UN SAMÁN

UN SAMÁN ya viejo verdea y monologa:
—solo, sin dar un paso,
en los anillos de mi cuerpo,
anoté mis vueltas al sol de la tierra.
Se movió el mundo, no mis ramas;
me quedé tenso ante los días
como un volatinero.
Oí muchos pinos hablar de la nieve
pero no envidié al haya, al abedul
que pueden conocerla.
Estoy donde los vientos me dejaron
sin renegar mis dioses,
junto a las mansas reses que cobijo
en la intemperie.
Jamás he visto un ruiseñor,
amé otros pájaros,
cuidé sus nidos inocentes.
Crecí a la lenta luz del trópico
mirando las iguanas atar el arco iris
a mi corteza.
Con las últimas hojas me ilumino
levitando en el verde.
Quise ser lo que soy: un samán de estos campos;
que el leñador disponga de mis ramas
para su buena lumbre.
Ya no temo los fuegos.

Trópico absoluto

(1982)

MANOA

No VI a Manoa, no hallé sus torres en el aire,
ningún indicio de sus piedras.

Seguí el cortejo de sombras ilusorias
que dibujan sus mapas.
Crucé el río de los tigres
y el hervor del silencio en los pantanos.
Nada vi parecido a Manoa
ni a su leyenda.

Anduve absorto detrás del arco iris
que se curva hacia el sur y no se alcanza.
Manoa no estaba allí, quedaba a leguas de esos mundos
—siempre más lejos.

Ya fatigado de buscarla me detengo,
¿qué me importa el hallazgo de sus torres?
Manoa no fue cantada como Troya
ni cayó en sitio
ni grabó sus paredes con hexámetros.
Manoa no es un lugar
sino un sentimiento.
A veces en un rostro, un paisaje, una calle
su sol de pronto resplandece.
Toda mujer que amamos se vuelve Manoa
sin darnos cuenta.
Manoa es la otra luz del horizonte,
quien sueña puede divisarla, va en camino,
pero quien ama ya llegó, ya vive en ella.

PRÁCTICA DEL MUNDO

ESCRIBE claro, Dios no tiene anteojos.
No traduzcas tu música profunda
a números y claves,
las palabras nacen por el tacto.
El mar que ves corre delante de sus olas,
¿para qué has de alcanzarlo?
Escúchalo en el coro de las palmas.
Lo que es visible en la flor, en la mujer,
reposa en lo invisible,
lo que gira en los astros quiere detenerse.
Prefiere tu silencio y déjate rodar,
la teoría de la piedra es la más práctica.
Relata el sueño de tu vida
con las lentas vocales de las nubes
que van y vienen dibujando el mundo
sin añadir ni una línea más de sombra
a su misterio natural.

POETA EXPÓSITO

Me dejaron solo a la puerta del mundo,
poeta expósito cantándome a mí mismo,
un día de otoño, hace ya mucho tiempo.
De un golpe seco me arrancaron a la nada,
tronchado de raíz,
con dos ojos abiertos y un grito,
el hondo grito de quien soñó ser pájaro
y no trajo las alas para el vuelo.
Me fui rodeando del misterio terrestre
donde aún no sé si vivo o sueño,
si al fin la muerte vendrá en un torbellino
que me arroje mañana ante otra puerta.
No adivino mi origen, mi futuro,
aunque por sangre soy fiel a las palabras
y puedo jurar que cuanto escribo
proviene como yo de algo muy lejos...
Poeta expósito, errando a la intemperie,
mi único padre es el deseo
y mi madre la angustia del huérfano en la tierra.

MIS MAYORES

A Alberto Patiño

MIS mayores me dieron la voz verde
y el límpido silencio que se esparce
allá en los pastos del lago Tacarigua.
Ellos van a caballo por las haciendas.
Hace calor. Yo soy el horizonte
de ese paisaje adonde se encaminan.

Oigo los sones de sus roncas guitarras
cuando cruzan el polvo y recorren mi sangre
a través de un amargo perfume de jobos.
Bajo mi carne se ven unos a otros
tan nítidos que puedo contemplarlos.
Y si hablo solo, son ellos quienes hablan
en las gavillas de sus cañamelares.
Hace calor. Yo soy el muro tenso
donde está fija su hilera de retratos.

Mis mayores van y vienen por mi cuerpo,
son un aire sin aire que sopla del lago,
un galope de sombras que desciende
y se borra en lejanas sementeras.
Por donde voy llevo la forma del vacío
que los reúne en otro espacio, en otro tiempo.
Hace calor. Hace el verde calor que en mí los junta.
Yo soy el campo donde están enterrados.

CANCIÓN

CADA cuerpo con su deseo
y el mar al frente.
Cada lecho con su naufragio
y los barcos al horizonte.

Estoy cantando la vieja canción
que no tiene palabras.
Cada cuerpo junto a otro cuerpo,
cada espejo temblando en la sombra
y las nubes errantes.

Estoy tocando la antigua guitarra
con que los amantes se duermen.
Cada ventana en sus helechos,
cada cuerpo desnudo en su noche
y el mar al fondo, inalcanzable.

LAMENTO DE PAISAJES

¿De qué paisajes hablo, de cuáles ríos?
Vivo envuelto en asfalto de estas calles,
mis ojos se fatigan de mirar edificios.

El río es una vocal extraña en mis palabras,
temo que desaparezca.
Me he habituado a nombrarlo sólo por metáfora.

La soledad de la línea recta
nivela mi casa, el cuarto, la ventana.
Las visiones rebotan en los muros,
estoy rodeado de piedras por todas partes.

Voy arrastrando a diario mi ciudad
como un asno su amarga carreta.
Avanzo. Dejo que crezcan las torres,
el humo, las paredes interminables.
Mi paisaje es el último grito,
ya muy lejos, de un gallo
que se borró de estas sordas madrugadas.

TRÓPICO ABSOLUTO

PALMARES azules y blancos,
nítido sol marino a orilla de la costa,
viento yodado, cuerpos desnudos, oleajes...
Estoy contemplando esta tierra como si la viese por
primera vez
o fuese a dejarla.
Me aferro a ella, celebro su antiguo deseo
en cada roca, en cada pequeño guijarro.
Es el mismo paisaje modulando las voces
tantas veces oídas en ciudades y aldeas,
el mismo sol que ardía
en las absortas retinas de mis padres.
Ya no sé si la veo desde otro mundo
y vago ausente ahora
a través de los aires soñando.
Esta luz me compendia la vida y la muerte
en un haz de flotantes colores
que mi silencio me dibuja en palabras.
En esta luz la falsa perla del truhán,
la negra de turbante que se santigua,
los harapos del niño buhonero,
el alcatraz, la cigarra, el bochorno de las marismas,
se me despliegan en un vasto arco iris
donde la magia del trópico absoluto
crece en un grito al fondo de mi sangre.

MURAL ESCRITO POR EL VIENTO

A Jesús Sanoja Hernández

ADORA a tu ciudad, pero no mucho tiempo,
olvida el tacto de sus piedras,
sé gentil a tu paso y prosigue de largo,
no proyectes quedarte entre sus muros,
hasta fundirte en el paisaje.
Una ciudad no es fiel a un río ni a un árbol,
mucho menos a un hombre.

Quien amó una ciudad solamente en la tierra,
casa por casa, bajo soles o lluvias
y fue por años tatuándola en sus ojos,
sabe cómo engañan de pronto sus colinas,
cómo se tornan crueles esas tardes doradas
que tanto nos seducen.

Las ciudades se prometen al que llega
pero no aman a nadie.
Cuando se ven por la ventana de un avión
todas atraen
con sus cumbres azules
y largos bulevares rumorosos,
pero al tiempo son sombras amargas.
Sus edificios nos vuelven solitarios,
sus cementerios están llenos de suicidas
que no dejaron ni una carta.
Por eso el río pasa y no vuelve,
por eso el árbol que crece a sus orillas
elige siempre la madera más leve
y termina de barco.

VALENCIA

VALENCIA de sol árabe con sus calles tan rectas
donde corren los vientos ultramarinos,
y su línea de largos caserones
que, sin llamar, desde lejos se me abren.

Valencia, a la que podría reconocer
a ciegas, por el tacto,
como un árbol atónito de otoño
a su hojarasca.

Ciudad en un cofre de melancolías
donde mi corazón iba a nacer
y llegó tarde.

En esta ciudad, junto a algún muro
donde el tiempo es aroma de un café
que se propaga en lentas vaharadas,
en alguna casa del color de la lluvia
tal vez yace dormida mi juventud solitaria.

¿Sabrá que estoy insomne esta noche, de paso?
¿Despertará un momento para verme
o será ahora mi máscara, mi doble,
que se oculta en la sombra para observarme?

Valencia, siempre tan recta a la mirada,
tan esquiva entre soles amargos,
¿por qué no curva sus calles un poco
para acercarme el rumor de su río
hasta la almohada de mi lecho,
a ver si vuelve del fondo de sus piedras
mi sueño de otros años?

MI PAÍS EN UN MAPA ANTIGUO

NUNCA mintieron las líneas del cartógrafo
al copiarnos su sueño.
Es cierto que muchos cauces de estos ríos
eran imaginarios;
nuestras montañas no llegan hasta el sur
ni el mar les roza, aunque lo intente,
sus contornos sentimentales.
Es otro el tamaño de las islas
bajo el tacto de sus colores.
Pero fue exacta siempre la piedad
y el fulgor de los ojos asombrados
ante la luz de las palmeras.
¿Qué importa el Orinoco más al norte
prolongado como un deseo,
o esa península con rostro de mujer
que casi habla?
Nunca mintieron: aquí estuvo Manoa
al fin del arco iris que nace en El Dorado
y más allá la infinita inocencia
de un paraíso
que valió todos los viajes de sus naves.
¿Qué otra verdad podemos reclamarles?
Esos mapas eran cartas verídicas de amor,
tatuajes de navegantes,
páginas puras para decirnos que la vida
sólo es eterna en esta orilla del Atlántico.

HOMBRES SIN NIEVE

A Carlos Tortolero

Somos los hombres sin nieve
nacidos entre tormentas caniculares,
con las casas abiertas de par en par
y las retinas contraídas
frente al motín incesante de los colores.

Nuestra vida está escrita
por la mano del sol
en las mágicas hojas de la malanga.
Sobre estas tierras no ha nevado en muchos siglos;
esquiamos en la luna, desde lejos,
con largavistas,
sin helarnos la sangre.

Aquí el invierno nace de heladas subjetivas
lleno de ráfagas salvajes;
depende de una mujer que amamos y se aleja,
de sus cartas que no vendrán pero se aguardan;
nos azota de pronto en largas avenidas
cuando nos queman sus hielos impalpables.
Aquí el invierno puede llegar a cualquier hora,
no exige leños, frazadas, abrigos,
no despoja los árboles,
y sin embargo cómo sabe caer bajo cero,
cómo nos hacen tiritar sus témpanos amargos.

EN LOS LLANOS

A Luis Alberto Crespo

En los llanos estuve,
tierra adentro, hacia el alba de soles salvajes,
donde la única montaña es uno mismo
o su caballo.

Donde la vida nos madruga
y hay que salir a galopar hasta alcanzarla,
aunque su rastro se pierda en lejanías
y crucemos a veces sin verla,
o quede atrás,
fija en un vuelo de lentos gavilanes.

En las vastas planicies estuve,
sin paredes, sin calles,
dejando que mi cuerpo se borrara en sus ríos
hasta no sentir manos, palabras, pertenencias,
sino espacio.

Nada traigo conmigo
(quien va a los llanos sabe que no puede traerse
nada que sobreviva en las ciudades)
salvo sensaciones,
asombros,
poesía
y la mirada recta de los hombres,
la mirada natal de aquellos horizontes
cortados a navaja.

NANA PARA UNA CIUDAD ANOCHECIDA

DUERME a tus rectos edificios
que velan a la sombra de las piedras.
Ya la noche suelta sus búhos.
Es hora de recoger todos los autos.

Cierra los párpados del puente
para que el río descanse,
los vidrios de las ventanas que tiritan,
abriga tus estatuas.

Apaga las lámparas que beben
el rencor de los hombres fatigados.
Deja que las mujeres sueñen su deseo
en el susurro de los helechos.

Duerme al amargo insomnio de la muerte
que empaña los últimos espejos,
los muros de tus largos hospitales
llenos de ojos en blanco.

Tiende tus casas para que reposen
en las arenas desnudas.
No olvides la leche de los duendes,
los mendigos que espían por los zaguanes.

Apaga los incendios azules
de tus motores sonámbulos,
el odio mecánico del día,
la barahúnda feroz de la chatarra.

Duerme al árbol que nos atestigua,
al gallo en el filo de su canto,
adormécelo todo ahora que oscurece

y haz que duerma yo mismo,
que me desvelo mirando en cada calle
un oscuro cuchillo
y en el cuchillo un grito
y en ese grito una mancha de sangre.

MATERIAS DEL DESTINO

¿De qué madera estaba hecha
la mesa de mi casa,
los armarios, el mecedor,
el reloj que contaba de noche las horas
tan serio?
¿En cuál bosque talaron los árboles
al filo de la sierra,
divididos en tablas a nuestra dimensión,
claveteados con tantos sentimientos?
¿Qué unió a ellos mis gestos, mis voces,
esta miopía?

Una extraña materia de párpados mudos,
sometida a tensión, volumen, movimiento,
ha moldeado mi vida, mis palabras;
un bosque de cosas, tactos, sombras,
pervive en mi deseo.

Con una sola hormiga que faltara
en la fila de las paredes,
con un metro de más en la puerta,
un clavo de menos en la silla,
ya sería otro mi camino,
el horizonte más cóncavo o convexo.

Con un nudo distinto en la madera de la mesa
estaría unido a otra mujer;
viviría tal vez en Liverpool,
persiguiendo la luz de otro paisaje
más oblicuo o más recto.

¿Qué destino en la materia de las cosas
dejó en ellas la forma de mi vida

hasta fijarme en su pozo de ausencia?
¿Quién en sus muros grabó mi poesía,
antes de ser ésta mi casa,
para que las palabras se despierten
desde la quietud de los armarios,
las puertas, la alacena, el mecedor
y el reloj ya sin tiempo?

ESTA TIERRA

ESTA tierra jamás ha sido nuestra,
tampoco fue de quienes yacen en sus campos
ni será de quien venga.
Hace mucho palpamos su paisaje
con un llanto de expósitos
abandonados por antiguas carabelas.

Esta tierra de tórridas llanuras
llevamos siglos habitándola y no nos pertenece.
Quienes antes la amaron ya sabían
que no basta pagarla con la vida
o fundar casa en sus montes
para un día merecerla.
Y sin embargo hasta el final permanecieron,
nunca desearon otra visión para sus ojos
ni otro solar para su muerte.
En ella están dormidos y hablan a solas,
a veces se oyen,
alzan sus voces en medio del follaje
y el viento las dispersa.

No serán nuestros sus vastos horizontes,
ninguna gota de sus ríos,
ni de quienes la pueblen después;
fue ajena siempre en cada piedra,
en cada árbol.
Demasiado verdes son los bosques
de sus espacios sin nieve.
Sus colores desnudan las palabras;
en nuestras charlas siempre se delatan
sonidos forasteros.

Esta tierra feraz, sentimental, amarga,
que no se deja poseer,
no será de nosotros ni de nadie
pero hasta en la sombra le pertenecemos.
Ya nuestros cuerpos son palmas de sus costas,
aferrados a indómitas raíces,
que no verá nunca partir
aunque retornen del mar las carabelas.

LA DURMIENTE

La que amo duerme lejos, en otro país,
en otro mundo,
aunque su cuerpo al lado me acompaña.
Cierra los ojos y desaparece,
se va, la noche me la niega,
no hay aviones que lleguen adonde se dirige,
ninguna palabra me borra su silencio.
La que amo ya no se ve en el horizonte,
palpo sus manos, sus pies y no la alcanzo,
cruza la sombra y se me pierde...
Su cuerpo está conmigo pero adentro no hay nadie,
es una casa sola,
una casa olvidada, desierta,
y no obstante en el fondo, si me asomo,
una llama dorada titila
y nunca se apaga.

OTOÑO EN EL SUR

A José Bianco

ESTE lánguido fuego del otoño en el sur
ya por el norte se aviva en primavera.
Este viento de pampa que retira las hojas
de la luz,
allá las abre nuevamente verdes.
Contrario gira el tiempo
entre los hombres y las cosas,
sin que sepamos a qué hora trae la vida
o la muerte,
qué de nosotros se aleja en los solsticios,
qué se queda.
Desnudos árboles se ven hablando solos
en una niebla de lentas vaharadas,
mientras al otro polo el sol palpita
entre los cuerpos de cálidas mujeres.
Yo que vengo de lejos
contento seguiría los pájaros que emigran,
las rosas que se van
a nacer en jardines soleados...
Pero en mi sangre crece un deseo antípoda
que se aferra a las últimas brasas
del otoño en el sur,
desesperado en estas pampas inclementes,
a ver si las horas se me cambian
y por vejez me otorgan juventud
cuando la vida me lleve en otra vuelta.

FORASTERO

A Francisco Rivera

NO SÉ qué extraña lengua están hablando
en esta taberna.
Siento que las palabras me rodean
con sus rápidos saltos de peces
delante de mis ojos forasteros.
Puedo mirarlas en sus lentas burbujas
hasta que estallan en el aire.

Los periódicos parecen escritos
con huellas de pájaros.
Los saludos dibujan otros gestos;
en los percheros hay largos esqueletos
de dinosaurios.

Entre los hombres que juegan al billar
o charlan o dormitan,
tal vez alguno salió de los espejos
y en un instante volverá a disolverse.
Por estas tierras abundan los fantasmas.

Me he corrido de casa tantas leguas,
estoy a tantos meridianos,
que no comprendo ni el coro de las sombras
con que la noche baja a oscurecerme,
pero el ciervo de rostro disecado,
fijo en un muro con ojos de botella,
me grita que el mal es uno solo en todas partes,
usa el mismo cuchillo
y amenaza
por todos los caminos de la tierra.

SI VUELVO ALGUNA VEZ

Si vuelvo alguna vez
será por el canto de los pájaros.
No por los árboles que han de partir conmigo
o irán después a visitarme en el otoño,
ni por los ríos que, bajo tierra,
siguen hablándonos con sus voces más nítidas.
Si al fin regreso corpóreo o incorpóreo,
levitando en mí mismo,
aunque ya nada logre oír desde la ausencia,
sé que mi voz se hallará al lado de sus coros
y volveré, si he de volver, por ellos;
lo que fue vida en mí no cesará de celebrarse,
habitaré el más inocente de sus cantos.

DOS CUERPOS

CUÁNTAS veces a tientas, en la noche,
sueñan dos cuerpos fundirse en uno solo
sin saber que al final son tres o cuatro.
Ocurre siempre ante el desnudo de la carne
y su ávido misterio:
de pronto un ojo extraño se abre en las almohadas,
cruzan labios volando por la niebla,
surgen intempestivas voces
de olvidados amantes.
Los espejos protegen a esos duendes
interpuestos en los jadeos
y los susurros.
Nada delata en las alcobas
sus crueles usurpaciones sentimentales.
Solamente la luna
sabe qué manos verdaderas se acarician,
qué rostros ríen detrás de las máscaras
y quiénes envueltos en la sombra
con pasos furtivos se reencuentran.
Solamente la luna que es redonda,
lenitiva y amarga.

LA TORRE DEL ÁRBOL

A Juan Sánchez Peláez

VERDE es la torre del árbol
y rumorosa su muralla.
El viento sabe que nunca vencerá,
las nubes caen del puente levadizo,
el sol sitia los muros, pero no pasa.
Verde es la fuerza de su torre
y en la tierra imbatible se erige
de la raíz a las altas almenas.
Ya en la noche se apagan los nidos
y afuera el ojo del gorrión
leyendo su *Hamlet*
sin distraerse cuida el horizonte,
meditando la historia del Príncipe
hasta el último acto.

EN ESTA CIUDAD

En esta ciudad soy una piedra;
me he plegado a sus muros seriales, opresivos,
de silencios geométricos.

No me puedo mover, se cae mi casa,
uno tras otro se derrumban
los edificios hasta el horizonte.

Al fondo de la piedra soy un lagarto,
en el lagarto una raya amarilla,
mancha del tiempo.

No puedo hablar, la lengua se me traba;
Orfeo el tartamudo es mi vecino,
oigo su tos nocturna,
reconozco el ladrido de su perro.

Soy una piedra atada a esta ciudad,
un lagarto en sus grietas,
una raya en su espalda ya muy tenue.

Giran los días y permanezco inmóvil,
todavía escucho latir el corazón,
tenaz, a la velocidad de la materia,
y hasta la arena que cae de la memoria,
pero ya sólo siento que no siento.

EL ÁVILA

El Ávila sin nieve y tanto sol enfrente...
El calor de esta tierra tan lejos de los polos
y los hombres sentados a la puerta
charlando con palabras de colores.

El Ávila sin nieve a lo largo del año
y nuestro deseo de esquiar sobre sus cumbres
en las horas de hielo
cubiertos con bufandas ultramarinas.

El Ávila en la fotografía de nuestros padres,
nítidamente recto
detrás de su mirada, como una raya
de horizontes remotos, inalcanzables.

¿No será nieve esa lenta ceniza
que ahora cae de sus rostros?
Y ese frío que sentimos al verlos
entre los marcos clavados sobre el muro,
¿no es el invierno al que llegamos tarde?

UNA CASA

UNA vez había
una casa en la tierra,
llena de noche dentro
y por fuera de nubes.

Fluía por su ventana
un nítido paisaje.
La gentileza de los árboles
hasta el horizonte.

Y sobre su techumbre
las músicas errantes,
la compasiva melodía
de las estrellas.

Y más allá el azul
de otras galaxias y otras
hasta el fin de los números.
Algo después de algo,
siempre más lejos.

La casa era en la tierra,
la tierra en la Vía Láctea
y el tiempo en el espacio
o viceversa.

Al fondo de sus muros
sólo un grito de gallo
resonaba en las cosas
cuando ya nadie era nadie.
Más allá de ese grito, la sombra;
detrás de la sombra, la ausencia.

Y sin embargo, alerta,
clareando la esperanza
de algún cuerpo dormido,
una vela ardía,
ardía una vela.

PRESENCIA

SIENTO sus manos noche y día
a sol y sombra en mi carne, trabajando.
A través del sueño o la vigilia
nivela, ajusta, no me abandona,
martilla despacio, intensamente
con los golpes exactos.

Graba en mis palabras su silencio,
se vale de los pájaros, de un río
al modularme las voces,
cambia mi cuerpo con las horas,
muda las nubes de mi deseo
y a cada instante de nuevo recomienza,
no se detiene.

Del fondo de mi madre o más lejos
tenaz me acompaña.
Se inclina sobre mi corazón,
lo reconozco en sus latidos solitarios,
ahora mismo algo trae, algo lleva,
siento sus golpes intensos todavía
pero no sé quién quiere que yo sea,
su afán no ha terminado.

Alfabeto del mundo

(1986)

EL CANTO DEL GALLO

A Adriano González León

EL CANTO está fuera del gallo;
está cayendo gota a gota entre su cuerpo,
ahora que duerme en el árbol.
Bajo la noche cae, no cesa de caer
desde la sombra entre sus venas y sus alas.
El canto está llenando, incontenible,
al gallo como un cántaro;
llena sus plumas, su cresta, sus espuelas,
hasta que lo desborda y suena inmenso el grito
que a lo largo del mundo sin tregua se derrama.
Después el aleteo retorna a su reposo
y el silencio se vuelve compacto.
El canto de nuevo queda fuera
esparcido a la sombra del aire.
Dentro del gallo sólo hay vísceras y sueño
y una gota que cae en la noche profunda,
silenciosamente, al tic-tac de los astros.

ÍTACA

Para un homenaje a C. Cavafy

Por esta calle se va a Ítaca
y en su rumor de voces, pasos, sombras,
cualquier hombre es Ulises.
Grabado entre sus piedras se halla el mapa
de esa tierra añorada. Síguelo.
El pájaro que escuchas está cantando en griego;
no lo traduzcas, no va a ahorrarte camino.
Aquellas nubes vienen de su mar, contémplalas;
son más puros los cielos de las islas.
Por esta calle, en cualquier auto,
hacia el norte o el sur se viaja a Ítaca.
En los ojos de los paseantes arde su fuego;
sus pasos rápidos delatan el exilio.
Aun sin moverte, como estos árboles,
hoy o mañana llegarás a Ítaca.
Está escrita en la palma de tu mano
como una raya que se ahonda
día tras día.
Aunque te duermas despertarás en Ítaca;
la lluvia de este valle todo lo arrastra
despacio hasta sus puertas.
No tiene otro declive.
Ya puedes anunciarnos tu llegada, buscar hotel,
dar al olvido tu destierro.
Por esta calle no ha cruzado un hombre
que al fin no alcance su paisaje.
Prepara el corazón para el arribo.
Una vez en su reino, muestra tu magia,
será el reto supremo del exilio.
A ese mar no se miente. La furia de sus olas
todo lo hace naufragio. Pero no te amilanes.
Demuéstranos que siempre fuiste Ulises.

MI LAMPARA

DE NOCHE, al apagarla, en mi silencio
puedo oírla rezar.
Cansada ya de arder, de tanto estar en vela
frente a la oscuridad del mundo,
ruega no sé en qué lengua solitaria
por ti, por mí, por todos los que doblan
atormentados el último periódico
y en sueño apartan la sombra de sus letras,
como quien ya no indaga, aunque le importe,
cuánta vida nos guarda la tierra todavía
cuando mañana se despierte.

CAFÉ

A Francisco Pérez Perdomo

Al dibujar cada palabra,
detrás de su color, ritmo, latido,
siempre soñé dejar llena, secreta,
alguna taza de café
que se beba entre líneas.

Café con el aroma de las horas
y la mesa en el aire
donde al primer hervor los vivos y los muertos
levitemos.
Amable duende que nos sigue por el mundo
con densas vaharadas. Café natal, sentimental,
¿qué pruebo en su sabor, qué bebo?
—A grandes sorbos bebo tiempo,
bebo mi vida gota a gota,
la que he perdido y vuelve, la que queda
humeante aún ante mis ojos, esperándome.

Café del alba, amargo, recién hecho,
que nos trae a la cama
algún canto remoto de gallo.

Café de las ciudades fugaces, imprevistas,
que sabe a las voces de su gente,
al rumor de sus ríos imaginarios.

El café gris de las estatuas en la lluvia,
tan frío en su boca de mármol.

El café azul del pájaro,
el verde inmenso de los soleados platanales
y el café sin café de los ausentes,
dormido en nuestra sangre.

Sólo para avivar su aroma escribo a tientas
al dictado del fuego.
Sólo para servirlo siempre dejé oculta
alguna taza que se beba entre líneas,
detrás de mis palabras.

TRASTIEMPO

¿QUIÉN me cambió los pasos que me llevan
por esta calle de rostros desconocidos?
Ya las casas no son las mismas;
se oye un eco distinto en las palabras;
este lunes quizá sea martes;
el mar, sobre todo, parece aquí muy lejos.
Sin percatarme, en tanto tiempo,
a la orilla de un río que ya no existe
me he quedado dormido.

¿En qué mes de qué siglo erraba absorto
escuchando unos pájaros ya ausentes?
Esa ventana no estaba allí;
en el espejo miro unos ojos que no son míos.
¿Cuándo escribí aquel falso poema
que lleva mi firma?
Desesperado busco a tientas por el mundo
mis huellas sonámbulas.
¿Adonde huyó mi juventud? —Ya no lo sé.
Me ha dejado aquí solo y se fue por el río.

EN LAS HOJAS

En las hojas que caen leo a destiempo
el sueño de mis horóscopos tardíos.
No las recojo. Que el viento las arrastre
con los augurios que me fueron predichos.
Ya no me importa saber en qué acertaron
ni si fue mío tanto verde presagio
que en esta tarde se apaga en amarillo.
Busco en el árbol las hojas que me debe,
las que vendrán con su rumor a adivinarme
la aciaga ventura de mis días.
Aunque también temblando se equivoquen
y rueden en inútil hojarasca
llenas de nervaduras ilegibles,
siempre quedarán otras para mí, para el viento.
El árbol sabe que el futuro es un vicio.

ALFABETO DEL MUNDO

En vano me demoro deletreando
el alfabeto del mundo.
Leo en las piedras un oscuro sollozo,
ecos ahogados en torres y edificios,
indago la tierra por el tacto
llena de ríos, paisajes y colores,
pero al copiarlos siempre me equivoco.
Necesito escribir ciñéndome a una raya
sobre el libro del horizonte.
Dibujar el milagro de esos días
que flotan envueltos en la luz
y se desprenden en cantos de pájaros.
Cuando en la calle los hombres que deambulan
de su rencor a su fatiga, cavilando,
se me revelan más que nunca inocentes.
Cuando el tahúr, el pícaro, la adúltera,
los mártires del oro o del amor
son sólo signos que no he leído bien,
que aún no logro anotar en mi cuaderno.
Cuánto quisiera al menos un instante
que esta plana febril de poesía
grabe en su transparencia cada letra:
la o del ladrón, la t del santo
el gótico diptongo del cuerpo y su deseo,
con la misma escritura del mar en las arenas,
la misma cósmica piedad
que la vida despliega ante mis ojos.

POEMA DE LA CALLE QUITO

En esta calle soy más joven que en las otras;
aquí a mi paso las ramas de caobos
desentierran un cobrizo color de horas estáticas,
dejando que mi edad mude sus sombras
y entre las voces de quienes van o vuelven
me reconozca menos solitario.

Hoy por ejemplo, al ir bajo la lluvia,
algo de mí que sólo queda en los retratos
volvió a rodearme de repente
como una sombra que me llevaba lejos.
Sentí en mi voz de nuevo un eco antiguo
y hablando, calle abajo, entre las piedras,
crucé despacio los troncos renegridos,
la rumorosa hilera de caobos.
No sé quién iba escuchándome en la lluvia
ni qué decía...
                                    Pero no hablaba solo.

EL BUEY

El buey que lleva mis huesos por el mundo,
el que arrastra mi sombra,
uncido a las estrellas, a yugos siderales,
va arando el tiempo, no la tierra,
por eso es sabio, profundo, demorado,
al tardo paso de las nubes.
Es mi buey, mi maestro cuadrúpedo,
por quien he conocido en la quietud
el habla porosa de las piedras
y cierta obediencia práctica a las cosas,
casi taoísta.
Es mi buey, la parte móvil de mi estatua,
lento de sol a sol sobre las horas;
el que ara el tiempo, no los campos,
el que graba con surcos en mi rostro
las semanas, los meses y los años.

ORFEO REVISITADO

ORFEAR aquí tal vez el hombre puede
sólo para sí mismo en la hora atea,
ante los otros con trucos de ventrílocuo.
Orfear, acaso, tendido en las aceras,
con monológico organillo...
(¿Qué mujer al oírlo no es Eurídice?)
Orfear junto al mendrugo de su perro,
cuando crece el infierno
y el canto nace a contrasiglo.
Orfear sin para quién, nota tras nota,
aunque no mire estrellas en su noche
y se enmudezca el mundo a la deriva.
Orfear, verbo que nos declina su alto sueño,
verbo en milagro del espíritu,
cuando tartamudeante y roto y solitario
paga en cantos su vida y jura a ciegas
que tras sus pasos un ángel musicante
va recogiendo los últimos sonidos.

LOS DE MAÑANA

A María Fernanda Palacios

Los de mañana están en fila
con sus severos rostros de verdugos
que aún sin nacer nos atormentan.
Se ven allí,
espiándonos con largos catalejos
desde siglos remotos,
inconmovibles, dispuestos a juzgarnos.
Los de mañana, ¡qué poco nos recuerdan!
En pálidas fotografías
ya somos parte de su álbum amarillo
tal vez abierto ante una luz sin nadie.
¿Qué hacer, qué haremos por ellos a esta hora,
nosotros que jamás les hablaremos?
Adular su piedad sería desprecio,
los de mañana son duros, no se mienten.
Vale más, sin desdén, sonreírles,
dejar el breve gesto de quien quiso saber
—y de hombre a hombre lo pregunta—
si en las cigarras pervive el mismo grito
que empaña nuestros ojos.

RETORNO AL MAR

AL MAR hace ya mucho que no he vuelto,
aunque queda tan cerca
que se oye al fondo, detrás de la montaña.
Me he demorado por calles y por días,
atisbando en secreto lo que cada uno lleva
de su oleaje remoto, sin sospecharlo.
Créeme, siempre traté de verlo en cada hombre
y oírlo en sus palabras,
sin un navío de menos o de más,
sin ninguna isla falsa.
Y a veces algo desde un rostro me sorprende,
acaso un poco de su sol en las retinas,
gestos azules llenos de velas y de viajes.
Pero al final, tras su vislumbre, sólo crece
la sed de su paisaje ante mis párpados.
Debo correrme ahora hasta su orilla
donde lo sienta hablarme.
Créeme, vivo rodeado de muros tan ateos
que necesito sus horas de horizonte
para mis ojos enfermos de ciudades.
Necesito palparlo.

DIBUJO TERROSO

PUEBLO roto, destartalado.
Pueblo que cayó y se hizo pedazos
y después alguien, como pudo, recompuso:
paredes cuarteadas, luna en añicos,
soledades de tierra sin nadie.
Se oye un pájaro lejos
pero en su canto hay grietas,
algo que falta y no es silencio,
algo que desertó de este paisaje.
Pasa un hombre en el polvo
sobre la sombra de un caballo.
Sólo dos cascos marcan su camino
en mitad de la calle.
De su sombrero pende un ala corta
y otra caída, demasiado larga.

MEDIANOCHE

NINGÚN gallo cantó para negarme
ni esperé oírlo: ya no queda uno solo
a mil leguas siquiera.
Cantó una piedra, sin plumas, de voz ronca,
insomne en su alarido. —La primera.
Después otra, ventrílocua, lejana,
la secundó en la noche íngrima;
y al fin todas las piedras despertaron
cantando sin cesar, ebrias, dementes,
dando gritos y gritos que subían
hasta las estrellas.
Crecía el eco a la sombra de los muros
hasta poblar las largas avenidas
con el estruendo de sus coros compactos.
A tientas, echado por la furia
de su rencor, salí a la calle.
La luna era otra piedra feroz, desgañitada.
Abordé un taxi.
(Los del pueblo dormían sin oír nada.)
Partí lejos en busca de algún último gallo.

NO ES DE NOSOTROS EL AMOR

No es de nosotros el amor, es de los cuerpos
que se desnudan en su música táctil
y aquí nos dejan abandonados.
Al reunirse en el relámpago de Dios,
ya no aceptan acompañantes.
Somos como los trajes que se quitan,
como las sombras caídas de su lámpara.
Después se alejan nimbados del deseo
que hace girar la tierra,
mientras con sorda envidia contemplamos
ojos y labios que se mezclan,
voces y besos que caen entre susurros.
Nada queda de ti, de mí, cuando se juntan;
somos los ríos donde rodaron como leños,
los secos cauces que se borran, las agujas
de algún reloj atormentado dando vueltas
frente a su instante eterno.

DIBUJO ERÓTICO DEL PERRO

EL PERRO ya está unido con su sombra;
quedó atado a otro mundo al fin del gozo,
frente a la oscuridad de su deseo.
Ahora tiene dos fauces y ocho patas;
es sólo un bulto de animal informe
con algo de grifo o de quimera.
A un tiempo ahora es macho y hembra,
a un tiempo mira a diestra y a siniestra,
hecho un nudo bifronte que prolonga
su muerte en otra vida,
su vida en otra muerte.
Jadea, da vueltas, ladrando por dos bocas;
en vano se trata de zafar pero no puede;
hay otros huesos al fondo de su cuerpo,
hay otra sangre que corre por sus venas;
está hundido en el pozo de sí mismo,
transfigurado, octópodo, carnívoro,
cubierto por el limo de la especie.

LA CARTA

A José Balza

INADVERTIDA en los presagios de esta noche
y luego más densamente clara,
trae su grito de bosque profundo
la primera
cigarra
del verano.
La hija sonora de Merlín ya alza su corno
para llamarnos
y su mensajería
puebla los aires de presentimientos
y rumores salvajes.
La primera cigarra ha venido
como una carta.
El mozo que barre el Café
y recoge las últimas sillas,
vacila y no la abre.
Fatigados, a sus celdas de monjes,
los árboles se apartan.
Una noche entre muchas, con sus sombras
y el cortejo de sus nubes prosigue...
Pero la carta queda en cada puerta,
bienvenida y lacrada.

COMO ORESTES

Quien está solo y llama
a los árboles desde lejos
inventando sus nombres con un grito,
sabe que al fin ninguno ha de acercarse.
Se quedarán junto a la sombra de sus hojas
a sol y lluvia, moviendo el mundo verde
de aves y nubes, debajo de los astros.
Pero quien llama sabe que no responden nunca
aunque a solas dialoguen entre ellos
en el idioma rumoroso de sus ramas.
Y el grito del hombre es para el viento
y la soledad de los caminos...
No hay voz que diga el nombre verdadero
de uno siquiera de los árboles.
Como Orestes, su rastro da al misterio.
Tal vez sea alguno el hermano que ha muerto,
otro la sombra de un suicida,
alguno más un espíritu lejano.
Nada sabemos, salvo que están allí en silencio,
meditando a la luz de su paisaje.
Como Orestes, jamás se identifican,
el enigma es su patria.

LA ESTATUA DE PESSOA

A Rafael Cadenas

La estatua de Pessoa nos pesa mucho,
hay que llevarla despacio.
Descansemos un poco aquí a la vuelta
mientras vienen más gentes en ayuda.
Tenemos tiempo de tomar un trago.

Son tantas sombras en un mismo cuerpo
y debemos subirlas a la cumbre del Chiado.
A cada paso se intercambian idiomas,
anteojos, sombreros, soledades.

Démosle vino ahora. Pessoa siempre bebía
en estos bares de borrosos espejos
que el Tajo cruza en un tranvía sonámbulo.
¿Por qué no va a beber su estatua?

Con todo el siglo dentro de sus huesos
vueltos ya piedras llenas de saudades,
casi nos dobla los hombros
bajo el silencio de su risa pagana.

No hay que apurarse. Llegaremos.
Lo que más cuesta no es la altura de su cuerpo
ni el largo abrigo que lo envuelve
sino las horas del misterio
que se repliegan pétreas en el mármol.
Cuanto a diario soñó por estas calles
y desoñó y volvió a soñar y desoñar;
el tiempo refractado en voces y antivoces
y los horóscopos oscuros
que lo han cubierto como una gruesa pátina.
Alzar sólo su cuerpo sería fácil.
Aunque se embriague no pesa más que un pájaro.

ESCRITURA

ALGUNA vez escribiré con piedras,
midiendo cada una de mis frases
por su peso, volumen, movimiento.
Estoy cansado de palabras.

No más lápiz: andamios, teodolitos,
la desnudez solar del sentimiento
tatuando en lo profundo de las rocas
su música secreta.

Dibujaré con líneas de guijarros
mi nombre, la historia de mi casa
y la memoria de aquel río
que va pasando siempre y se demora
entre mis venas como sabio arquitecto.

Con piedra viva escribiré mi canto
en arcos, puentes, dólmenes, columnas,
frente a la soledad del horizonte,
como un mapa que se abra ante los ojos
de los viajeros que no regresan nunca.

IDA Y VUELTA

AHORA mi casa gira en otro tiempo;
llegan desde sus soledades los ausentes
a reunirse en el salón, cerca del patio.
Se oye el murmullo denso de las voces
llevadas por el viento de los árboles.
¿Qué hacen atados los caballos a la puerta,
tan lejos de los campos?
¿Quién ha traído guitarras y licores
si no es un día de fiesta? —Llegan más visitantes
desde la vecindad de las haciendas.
Ya la partera cruzó el zaguán de los helechos.
Cuando el gallo cante en su hora infinita
nacerá alguno de nosotros.
Aguardo el grito y sin embargo me adormezco...

Partieron los caballos en un trote con sus duendes.
Fue ayer, mañana, tal vez en ningún tiempo.
Quedó el polvo inasible de la música
y los huecos de carcomas en las sillas.
Cada quien regresó a su propia noche
cabalgando despacio hasta no verse.
La casa mudó tanto de seres y paisajes
que si volvieran ya a nadie reconocen.
Estoy solo en el zaguán de los helechos.
Creo que entonces nací porque aún lo recuerdo.
Cuando de nuevo cante el gallo
no sé qué puede sucederme.
Debo permanecer despierto.

EL POETA

Locuiese într-un cîntec de pasăre.

LUCIAN BLAGA

IBA y venía por el mundo
avivando la luz de las cosas,
absortos los ojos abiertos,
pero siempre cerradas las manos.
La vida se las había sellado como cofres
sin guardar oro dentro, joyas o talismanes.
Eran sus manos de poeta,
hábiles para el cuaderno de sus noches,
de día empuñadas con dureza de mármol.
Cuando la muerte vino a abrirlas,
quienes lo despidieron en su lecho
nada encontraron, salvo un canto de pájaro.

ULISES

BARCOS que veo allá a lo lejos, balanceándose,
cerrados como libros hace mucho leídos.
¿Qué dicen, qué no dicen? —Hoy hablo griego
a bordo del primero que parta. Soy Ulises.

Barcos que cierro los ojos para ver
dentro de mí con la añoranza de sus Ítacas.
No sé en cuál voy, en cuál de tantos leo a Homero,
el biógrafo de mis nativos horizontes,
ahora que llevo un poco de café para los dioses
que nos prometen un viaje propicio.

Soy o fui Ulises, alguna vez todos lo somos;
después la vida nos hurga el equipaje
y a ciegas muda los sueños y las máscaras.
Mi corazón ya leva el ancla. Estoy a bordo.
Cuando distinga la voz de las sirenas
en altamar, al otro lado de las islas,
sabré por fin qué queda en mí de Ulises.

UN HOTEL

CUÁNTAS de mis noches se me han ido
en un cuarto de hotel.
La lluvia acaso guarda nombres y fechas,
insomnes susurros de lámparas
y penumbras que flotan por largos pasillos.
De tanto ir y volver entre valijas,
cuarto número tres, número doce,
silencio, soledad, ventanas,
yo mismo me siento el hotel de una calle
a la orilla de noches fugitivas
donde extraños celajes se guarecen.
Los jadeos de un amor, la luz, la ducha
y el frío de albas anónimas
nacidas al hervor de algún café,
van y vienen rodeándome,
y el hotel crece de mí hasta el horizonte,
con el laberinto de sus cuartos
llenos de espejos que guardan en sus pátinas
sombras y voces que jamás serán mías.

ÁLBUM DE FAMILIA

ÉSTA que asoma al fondo era tía Adela,
maga del mundo y viva en tantos tiempos
que hasta hoy no sé si existe o si no existe.
De aquel abuelo heredé el nombre. Una carreta
destartalada lo arrancó del pueblo
para enterrarlo lejos. Yo nacería después
y sin embargo lo recuerdo.
Luis, el letrado, se fue pronto
el año de la peste. Dejó cartas, postales,
el mapa de una vaga inocencia.
Verónica es aquella del abanico blanco
y esa altivez que le sentaba bien.
De este José —hubo otros— nadie supo
dónde, cuándo cayera. Erraba solo
gritándole a su sombra en los caminos.
El rey Ricardo se ve mucho más joven
que su muerte. Y acaso así haya sido...
En la perdida tierra de mis ausentes,
este álbum casi invisible que cierro y abro
quema mis párpados velando ante su sueño.
No los despiertes hasta que me reúna
para siempre con ellos en la última página.

CANCIÓN OÍDA A MEDIANOCHE

CANCIÓN que cae, no sé de dónde, a medianoche,
con un oscuro lamento de mujer
que me recorre en largo grito de abandono.
Desde un balcón arriba, entre las sombras,
junto al susurro de los helechos,
me llega ahora la queja solitaria
de quien ha amado hasta el fin de toda ausencia.
En la ventana van cayendo los sollozos
como altos copos que cubren los cristales
hasta envolverme entre las nieblas de sus ecos.
Siento su canto casi táctil
petrificarse alrededor de mi silencio
y me parece haber oído en otro mundo
la lenta voz de esa mujer desconocida,
la misma soledad de su deseo
que entre mi sangre de pronto se despierta.
Pero no sé qué rostro tiene, en dónde canta,
ni si es su amor o el mío lo que oigo en ella,
sólo tengo esa voz, ese llanto infinito
que cae a oscuras y se pierde en el viento.

UN CANTO PARA EL TORDO

Un canto para el tordo que viene a amanecer
soñando aún, junto a nosotros,
y más que nadie contento de estar vivo.

Al mañanero amigo, negro en lo blanco,
con amplias plumas de paragua
y patas como elipsis de un escriba.
El solitario, el músico,
que me esquiva azorándose en la calle
si me acerco
y se repliega cubriendo entre las alas
el piano de sí mismo.

Antes que arome mi primer café
en la taza del día
y el árbol lo reclame de lejos a su nido,
un canto para el tordo, el inocente,
no importa que apenas me comprenda,
que sólo alcance a descifrar mi voz mañana,
en otro amanecer, en otra vida.

NOCTURNO

AHORA que flotan en la sombra
errantes edificios sonámbulos,
llenos de hombres dormidos por las calles,
¿no quedará en alguna casa un gallo gordo,
uno solo que cante?
Hay plumas dentro de mi almohada,
pero son mudas
como esta lámpara, como este insomnio
que petrifica el silencio de mi cuarto.
¿No quedará en el fondo de la noche,
con su grito de eternidad,
alguno ronco y fraternal, nada erudito,
que no me hable de Sócrates ni de Esculapio,
un gallo que simplemente cante
para que los edificios retornen a su puesto
sin que los hombres sepan por dónde deambularon?

VIAJES

Viaje tras viaje... ¿Adónde fuimos?
Todas las calles son iguales.
La tierra es redonda en la memoria
pero a los pies es dura y plana.

De un verde a otro sólo hay hojas
y vocales que se repiten.
El Tajo, el Sena, el Támesis
tienen las mismas lágrimas.

Hay tantos sellos en mi pasaporte,
rectos, oblongos, triangulares.
Busqué otro tiempo para mí en el mundo
y sólo hallé otro espacio.

¿A qué viajar si ya sabíamos
que éramos hombres sin ciudades?
Tuvo razón siempre la piedra,
nuestra maestra amarga.

Aviones, barcos, trenes... ¡Para otros!
Adiós, turistas sonámbulos.
Que el tranvía de Lisboa venda mi sombra
por montes y caminos... Ya no parto.

ANTE MIS OJOS

Ante mis ojos la noche en la ventana
fluye despacio entre la rueda de los astros,
ahora que vuelvo, ya tarde, a mi cuaderno.
Duermen cuerpos y nubes. Me rodea
el oro planetario de los grillos.
De pronto ulula una sirena. Ruidos, portazos.
Se oyen tiros. Una mujer corre en pijama,
llora un niño.
El lápiz se me atasca como un mulo
sin que logre anotar una palabra.
Ya no insisto.
¿Qué vocal dibujada en tinta o sangre
a mí o a él nos justifica?
Mudo mi lápiz queda en cero, en blanco;
ni siquiera con látigo consigo
que un solo instante me obedezca.
Iba a escribir de ti, de mí, ya no recuerdo.
Creo que abrí demasiado la ventana
y penetró una vaharada de mi siglo,
una de tantas, volándome las páginas
desde mi cuarto hasta el fondo del espejo.

MI PAÍS BAJA AL MAR...

MI PAÍS baja al mar con sus antiguas piedras
llenas de sol e intactos jeroglíficos.
No se leen en sus poros el alfa o la omega,
su alfabeto está hecho de signos salvajes
que aprendemos en sueño, de oídas,
por el canto del gallo.

La luz cae densa sobre el tatuaje eterno
que guarda sus silencios. En ellas se demora
con sus lentos anillos, nómada y blanca.
Ninguna es jónica o corintia, nunca fueron a Grecia,
detestan los viajes.
El Partenón no las verá entre sus columnas,
han echado raíces lejos de la nieve,
donde la tierra gira más despacio.
Su mar es éste, el que pule sus cuerpos
con las espumas que jamás Afrodita
palpó junto a sus formas estatuarias.

Mi país las reúne junto a las costas
en una fila de murallas sentimentales.
Si hablan a solas será de los antiguos,
de quienes vuelven a veces de la sombra
y graban sus secretas cosmogonías.
Si sueñan tal vez sea con la lluvia,
con el viento que corre y no las mueve.
Han pasado la vida en los acantilados
mirando los barcos que parten y no vuelven,
pero nunca los siguen.
Ya no tienen deseos sino soledades.

VUELO DE CUERVOS

En el diario que he abierto esta mañana,
mis ojos, mis anteojos, sólo miran
bandadas rápidas de cuervos
que se elevan volando entre las páginas.
Con las plumas tiznadas por funestas noticias
y graznidos que cubren la tierra,
uno a uno encarnando su letra
ascienden o declinan
hasta juntarse en largos titulares.
Cuervos del odio grabado en signos cósmicos,
aleteando entre el mundo y nosotros;
cuervos reiterativos, con erratas,
interpuestos, silentes, sintácticos,
reciente aún la tinta de sus alas
y negra la sangre.

DICIEMBRE

Aunque diciembre nos cubra de pesebres
todas las casas,
ninguno muestra tantas cosas de Dios
como un nido de pájaros.
Basta mirar cualquiera a la intemperie:
en su interior José y María,
con diminutos cuerpos
resultan siempre más reales,
y en el silencio se entregan a velar
mientras las ramas mecen compasivas
el huevo que guarda los cantos.
No hay buey ni mula sino estrellas,
ni corderos que pasten en las nubes;
tan sólo esa inocente desnudez
que junto con su amor se balancea
al ritmo de los astros.
Nunca sabrán qué es Navidad
ni por qué los hombres dividen el tiempo
si al fin todas las horas son iguales.
En vela noche y día,
aguardan que la fuerza que expande la raíz,
la que muda las hojas y mueve los planetas,
ascienda por el árbol hasta el nido
y rompa la cáscara.

SANTO Y SEÑA

A Sérgio Faraco

—¡Alto! ¿Quién canta dentro de mi sangre
en mitad de la noche?
No hay ruiseñores en mis venas;
vivo en esta ciudad a leguas de los gallos.
—¡Alto!, sombra cantora, sutil fantasma
que traes tu melodía de otro mundo.
Estoy de ronda, mudo, en las almenas.
No soy el tenor Hamlet
ni su espectro operático.
Detente, quienquiera seas tú que te escurres
entre mi vida y su memoria,
duende huidizo de mujer que he amado,
premonitoria voz que llegas de los aires.
—¡Alto!, guarda silencio en mi garita
y torna al pozo de tu guitarra oscura.
Por hoy me basta el viento en la muralla.

SENTIR

SENTIR. La tierra gira porque siente
el espacio estrellado. Y el mar y el mundo
y el minúsculo tallo de la hierba.
Sentir el tiempo cayendo gota a gota,
desesperadamente.
(¿Qué siente mayo, qué siente el color verde?)
Sentir la lluvia y su tambor de piedra
y la naranja en su planeta solitario
lleno de aromas amarillos.
Sentir más cerca, dentro y fuera del cuerpo,
con lo que queda en él de nuestros padres;
oír sus voces llamándose en la nuestra.
(¿Qué siente la nube en la ventana
cuando los ojos la detienen?)
Sentir. Los astros más y más se redondean
gravitando en sus azules sentimientos.
Sentir, sentir a pesar de la ciudad,
contra los vahos de su anestesia,
con la infancia que aún corre por la sangre,
con la magia del sueño;
apartar de la carne sus viejos bueyes de opio
hasta que se despierten.

VIDAMAGIA

TRÁENOS el mar de ayer que nunca miente,
sin derramar ni una gota de sus olas.
Doblado cabe en esta alcoba el horizonte
junto a las nubes que siempre lo despliegan.
Basta un velero al fondo, un solo grito
de la gaviota más salvaje.
Tira las islas por la ventana.

Trae a la niña rubia que en la arena
jugaba con nosotros. No importa que su cuerpo
nada retenga del júbilo inocente.
Que venga con su tedio, su adulterio,
y el recado del último analista.
Algo podrá salvar si se zambulle
desnuda entre las aguas.

Y no olvides el tren contento de echar humo
que llevó a Juan una mañana al puerto
en la época de Lindbergh.
—¡Trae el avión de Lindbergh!
Ante el azul no existe el tiempo ni la muerte
y en nuestro espejo cabe siempre otro mar
mucho más grande, oleando a su deseo.
Que todo vuelva entre las rocas y palmeras
de nuestro viejo mar que nunca miente.
Tira tu sombra por la ventana.

LAS AVISPAS

En el ala del techo vi las avispas.
Sobre un muro su enjambre rumoreaba
con el desorden de un día después del caos.
Largas las patas negras, triangular la cabeza,
volando en torno del mínimo planeta
donde sobresalían los aguijones.
Sentí de nuevo la piedad y el peligro
querellarse en mi alma
que siempre sueña la imposible armonía.
Después con una vara
golpeé su reino construido por un dios demasiado geométrico;
sonó en tierra al caer como el paso de un buey en un pantano,
despedazando cáscaras y larvas
ante el estupor de su inocencia.
Ninguna, sin embargo, vino a mirar los restos ya caídos.
Una furia veloz las apartaba del sentimiento y la elegía.
De cara hacia el futuro sólo atendían su nueva fundación.
Los desechos, las larvas y yo mismo
quedábamos atrás, en otro tiempo, en otro mundo,
y a su urgente labor sin tregua se volvían,
lejos de todo mal, indemnes, poseídas.

LETRAS

UN DÍA este rostro era la vida
pero se inclinó tanto entre los libros
que poco a poco, sin notarlo,
mudó mi carne en letras.
Hoy el espejo en sus azogues lo dibuja
—un libro más, perdido, mal impreso:
E la nariz, Z la oreja, T los párpados;
en el mentón dos o tres sílabas sin barba;
la frente en W cortada a medias
por un gorro de fieltro hecho una Q.
Entre los ojos miopes alternan una S, una R
(¡con diéresis!)
y siete o más vocales indescifrables.
Sólo la boca queda en blanco
y su repliegue finge un garabato
con la dureza de esos gritos
que no se dejan traducir a tinta o sangre.

¿QUIÉN?

¿QUIÉN canta tanto por la voz del pájaro?
¿Quién nos susurra oculto entre su sangre?
Aquí cerca, al oído del árbol y del mundo,
puedo, sin que me vea, mirar sus plumas,
oír cuando en el aire se desprende
desde sí mismo y cae fuera del tiempo,
más allá de su ingrávida materia.
Pero no sé quién canta en él, no veo a nadie,
sólo un punto de sombras y alas vivas
que van arqueando el cuerpo y lo desbordan
hasta envolvernos todo lo visible
en una esfera nítida, traslúcida, impalpable.

LAS RANAS

No más teorías: me sumo al coro de las ranas.
Quiero oírlas croar esta noche, rodeándome.
En su alfabeto percibo una sola vocal
y las burbujas del pantano.
El piano que nos dieron marca las mismas notas
ya demasiado repetidas. Basta.
Tal vez sea un ángel esa sombra
que se eleva a la puerta de mi caverna.
No me consta.
La oscuridad de Dios nunca deja ver nada claro.
El tiempo puede girar en redondo,
depende de la lluvia, del viento entre los árboles.
No más teorías: ya oímos al espectro,
acallemos al príncipe Hamlet.
Por hoy me bastan las voces de las ranas,
quiero oírlas croar esta noche más cerca
dejando que me llenen los sentidos
con su taoísmo solitario
hasta que se borren los enigmas del mundo.
En sus coros me entrego a la máxima gracia.

EL HACHA

A Pedro Lastra

Yo me quedé vestido de árbol,
de pie, soñando en medio del camino,
sin ver el hacha debajo de mi sombra.
En torno a mis raíces, apartándolas,
el hacha abrió una calle, después otra,
y entre las dos, con argamasa y muros rectos,
emparedó mi cuerpo en pétreas soledades.
Y yo seguí vestido de árbol,
con el último grito del verde entre las manos,
sin ver el hacha en los ojos de nadie,
sin maldecir su filo en mi ciudad
ni en el oculto rencor de sus estatuas.
De pie, plantado bajo el sol de la tierra,
alzando el mismo sueño solitario
que la vida me alumbra a cada hora,
el sueño errante de este viejo rumor
que se llevan los hombres y los pájaros.

LA TIERRA GIRÓ PARA ACERCARNOS

La tierra giró para acercarnos,
giró sobre sí misma y en nosotros,
hasta juntarnos por fin en este sueño,
como fue escrito en el Simposio.
Pasaron noches, nieves y solsticios;
pasó el tiempo en minutos y milenios.
Una carreta que iba para Nínive
llegó a Nebraska.
Un gallo cantó lejos del mundo,
en la previda a menos mil de nuestros padres.
La tierra giró musicalmente
llevándonos a bordo;
no cesó de girar un solo instante,
como si tanto amor, tanto milagro
sólo fuera un adagio hace mucho ya escrito
entre las partituras del Simposio.

DE SOBREMESA

De sobremesa, cuando relojes zurdos
vuelcan intacto el cofre de sus horas,
siento rodearme la billaresca charla
de voces que rebotan contra el tiempo
y se repliegan en un rumor de sombras.
Sobre el mantel ruedan insomnes las palabras,
desenterradas pero anónimas.
Leves, fugaces, se siguen, se persiguen
en una extraña, perfecta geometría
con ángulos de tazas o de copas.
La billaresca charla de las voces
que trae el viento de no se sabe dónde...
Alguien habla por sombras o por ecos,
alguien desde ninguna silla dice un nombre
que al instante ya es otro o tal vez nadie,
un nadie más, sin rostro, sin persona,
mientras las voces chocan, se vuelven, se desvían,
como si tanta ausencia viniera a decir algo
que la vida convierte en otra cosa.

EL EDIFICIO

El edificio no cae con su derrumbe.
Dobla su cuerpo al golpe de las picas,
entrega terrones sin tiempo —su tiempo no pasa.
La última hora de esta tarde, aunque lo borra,
no le concierne.
Es otra hora que se aleja como un taxi.
Aún sigue en pie, más allá de sí mismo.
No cae de nada, apenas se desviste.
Se van los muros, no el grito del cartero
en tantas albas, al fondo del pasillo;
se van las cartas, no las palabras que trajeron.
Desde el arco del techo hasta sus bases
queda una ausencia más fuerte que las piedras,
un olor a café de atardecida
que ahora en el humo, sin tazas, va subiendo
en torno al caracol de la escalera.
Queda la vida a la intemperie, monolítica,
y las picas que en torno se agolpan sin tregua
pero no la demuelen.

LA HORA CINCUENTA

De aquel que vino en mí a nacer, ¿qué rastro queda
a la hora cincuenta?
Amaneció y fue noche;
pasaron soles llevándose mis días,
uno tras otro, del ensueño al recuerdo.
Fui éste, aquél, tantos y tantos
que hablaron con mi voz, fueron conmigo
de la mano, al azar, vestidos con mis ropas,
compartiendo el amor, la soledad, la poesía,
hasta que sus pasos se tornaron ausentes.
Se hizo tarde, creo que amé demasiado.
Años de lámpara me ataron a una lumbre
pero jamás escribí nada. —Fueron ellos.
La hora cincuenta cae sobre mi vida
cuando ya de sus voces no me queda ni un eco.
Hundidos yacen al fondo de sus noches,
lejos, en otro espacio, en otro mundo,
pero yo sé que en un lugar siguen despiertos:
la vida ha sido todo, menos sueño.

ÍNDICE

NOSTALGIA DE BOLÍVAR (1976) [89]

TERREDAD (1978)

TRÓPICO ABSOLUTO (1982)

ALFABETO DEL MUNDO (1986)

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de noviembre de 1988, en los talleres de Jiménez Editores, S.A., 2º Callejón de Lago Mayor, 53; 11320, México, D. F. En su composición se usaron tipos Aster de 10/12 y 9/10 puntos. La edición, que consta de 1500 ejemplares, estuvo al cuidado de *Gerardo Cabello*.

La poesía —ha dicho Eugenio Montejo— asume hoy, en nuestra era industrial, una condición subterránea que en su replegamiento encarna la esencia que toma el lugar de la creencia abandonada de Dios como redención de la vida. Montejo, nacido en Venezuela en 1938, reivindica para la poesía latinoamericana la abolición de las fronteras políticas: pertenecemos más a nuestra época que a nuestro país, pues hay familias poéticas, identidades verbales que no siempre coinciden con las demarcaciones geográficas.

En La máscara de la transparencia *(publicado por el* FCE*) Guillermo Sucre comenta: "La poesía de Montejo se ha caracterizado por el espesor y la rica gama textual, aun por la recreación naturalista y mítica. Además de la pasión constructiva y el casi perfecto control del desarrollo del poema, que excluye lo divagatorio y deshilvanado. Cualquier poema suyo parte de un punto y vuelve a él, pero para enriquecerlo, para dejarnos ver la amplitud de su recorrido y las sucesivas relaciones que va generando. Es, además, de los pocos poetas hispanoamericanos de hoy que tienen un sentido tan exigente de las 'formas' verbales, su pasión constructiva."*

La presente antología ha sido preparada por el autor. En ella se reúnen poemas de: Élegos *(1967),* Muerte y memoria *(1972),* Algunas palabras *(1977),* Terredad *(1978),* Trópico absoluto *(1982) y* Alfabeto del mundo *(1986).*

Es autor también de dos colecciones de ensayos, La ventana oblicua *(1974) y* El taller blanco *(1983), así como de un volumen de escritura heteronímica,* El cuaderno de Blas Coll *(1981).*

En la portada: Detalle de Escritura XI, *tinta sobre papel y yute 1984. Manuel Quintana Castillo*

